

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

Ss

EL ASESINO SALTA A LA COMBA

*Joseph
Berná*



En el Palacio de los Deportes de París, se estaba celebrando una interesante velada de boxeo. Se habían disputado ya cinco combates, y el sexto y último de la noche, el que enfrentaba a Gastón Avril y Paul Lory, iba a dar comienzo dentro de unos instantes.

Ambos púgiles se encontraban ya sobre el cuadrilátero, cada cual en su rincón, recibiendo las últimas consignas y atenciones de sus respectivos preparadores.

Rene Gallart, manager de Gastón Avril, contaba solamente veintiocho años, y era un tipo alto, de complexión fuerte y atlética, pelo oscuro y facciones agradables. Vestía camiseta y pantalón blancos, y calzaba unas modernas y flexibles zapatillas de deporte.



Joseph Berna

El asesino salta a la comba

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1659

ePub r1.0

Lds 19.02.19

Título original: *El asesino salta a la comba*

Joseph Berna, 1982

Cubierta: Desilo

ePub modelo

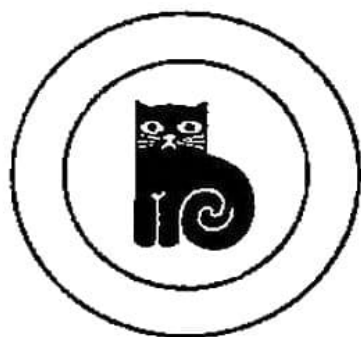
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

En el Palacio de los Deportes de París, se estaba celebrando una interesante velada de boxeo. Se habían disputado ya cinco combates, y el sexto y último de la noche, el que enfrentaba a Gastón Avril y Paul Lory, iba a dar comienzo dentro de unos instantes.

Ambos púgiles se encontraban ya sobre el cuadrilátero, cada cual en su rincón, recibiendo las últimas consignas y atenciones de sus respectivos preparadores.

Rene Gallart, manager de Gastón Avril, contaba solamente veintiocho años, y era un tipo alto, de complexión fuerte y atlética, pelo oscuro y facciones agradables. Vestía camiseta y pantalón blancos, y calzaba unas modernas y flexibles zapatillas de deporte.

Marcel Perrin, el preparador de Paul Lory, rondaba los cuarenta años, y era un sujeto más bien bajo y metido en carnes, con cara de perro pachón.

Tanto Gastón Avril como Paul Lory se hallaban encuadrados en la categoría de los pesos pesados, y se trataba de dos boxeadores de parecida constitución física.

Las apuestas, sin embargo, estaban en su mayoría a favor de Paul Lory, un púgil veterano y experto, pese a su juventud, ya que sólo tenía veintisiete años de edad. Pero llevaba más de diez dedicándose por completo al pugilismo, y había disputado alrededor de cien combates, consiguiendo la victoria en casi todos ellos.

Gastón Avril, en cambio, era un púgil prácticamente desconocido para los aficionados, ya que no se habían oído hablar ni poco ni mucho de él. Y, por supuesto, jamás le habían visto boxear.

Tenía buena planta, desde luego, pero los aficionados se decían que el curtido Paul Lory no encontraría demasiadas dificultades para derrotarle. Incluso esperaban que lo venciera por fuera de combate, y no a los puntos.

Si la victoria de Paul Lory no se producía por K. O., el público quedaría desilusionado. Paul Lory tenía una potente pegada, y sus rivales solían rodar varias veces por la lona, a lo largo del combate, hasta que ya no podían levantarse y escuchaban la cuenta de los diez segundos.

Algunos ni la escuchaban, de lo atontados que quedaban, y se enteraban de que habían perdido cuando despertaban en la mesa del vestuario.

Justificada, por tanto, la sonrisita de superioridad de Paul Lory dedicó a Gastón Avril, desde su rincón.

Gastón soltó un gruñido y rezongó:

—Paul Lory me está diciendo que le voy a durar menos que un barquillo.

Rene Gallart, que le estaba masajeando los músculos pectorales, sonrió y dijo:

—Pobre ingenuo. No sabe con quién va a verse las caras.

—Yo sí lo sé. Y me asusta.

El manager rió.

—No digas tonterías, Gastón.

—Hablo en serio, te lo aseguro.

—¿Cuánto te ha dado a ti miedo enfrentarte a un hombre?

—Paul Lory no es un hombre corriente, René. Es un boxeador profesional.

—Tú también eres boxeador, Gastón. Y mucho mejor que ese cretino de Lory.

—Es la primera vez que me veo en un *ring*. Y porque tú me obligaste a subir, que por mi gusto no estaría aquí.

René Gallart rió de nuevo.

—Me he propuesto hacer de ti un campeón, Gastón. Y cuando yo me propongo una cosa...

—Que no me hagan un desgraciado... —masculló Avril.

—Confía en mí, muchacho.

—No eres tú quién va a pegarse con Paul Lory, —sino yo.

—Con ese mequetrefe no tienes ni para empezar, Gastón, te lo

digo yo.

—¿Cómo puedes llamar mequetrefe a un boxeador que lleva disputados más de cien combates, y que los ha ganado casi todos...?

—En su caso no tiene ningún mérito. Nunca se ha enfrentado a rivales de calidad; todos eran unos paquetes.

—¿Estás seguro?

—He seguido su carrera paso a paso, créeme.

—Lo dices para darme ánimos, lo sé.

—¿Cómo puedes dudar de mi palabra, Gastón? Soy tu amigo, nos conocemos hace años.

—Si realmente fueras mi amigo, no me habrías obligado a subir a un *ring*. Y para enfrentarme a Paul Lory, nada menos.

—Lo tumbarás en un abrir y cerrar de ojos, ya verás.

—No menciones los ojos, que ya me los veo hinchados y negros. Y las dos cejas partidas. Y los pómulos abiertos. Y los labios reventados. Y mis dientes por el suelo...

Rene Gallart se echó a reír.

—Tú y tu sentido del humor, Gastón.

—No dirás eso cuando vengas a verme al hospital.

—Tú no irás a ningún hospital, Gastón. En todo caso, irá ese presuntuoso de Paul Lory.

—Con la cara de caballo que tiene, tendría que ir a un veterinario. ¿Te has fijado qué dientes...? Parecen teclas de acordeón.

René Gallart volvió a reír.

—Tienes mucha razón, Gastón. Y, ya que hablamos de dientes, toma esto. Protegerá los tuyos.

—¿De las caries?

—De los puños de Lory, caso de que lleguen alguna vez a tu boca, aunque yo estoy seguro de que no.

—Tú estás seguro de muchas cosas —masculló Gastón, y se colocó el protector de dientes.

Casi al momento, el árbitro que iba a dirigir el combate llamó a los dos púgiles. Paul Lory al instante, pero Gastón Avril no se levantó del taburete.

René Gallart tuvo que agarrarlo de los hombros y auparlo.

—¡Al toro, Gastón, que es un pavo!

—Sí, un pavo... —rezongó Avril, yendo de mala gana hacia el

centro del cuadrilátero.

El árbitro pidió a ambos boxeadores que realizasen una pelea limpia, sin cabezazos ni golpes bajos, que se trabasen lo menos posible, y que procurasen dar buen espectáculo.

Después, se apartó de ellos, hizo una señal al cronometrador, y sonó la campana, dando comienzo la pelea.

Los espectadores empezaron a animar a Paul Lory, quien inmediatamente se lanzó al ataque, dispuesto a llevar desde el primer momento la iniciativa de la pelea.

René Gallart, al pie del rincón de su boxeador, con una toalla al hombro y las manos cerradas a la cuerda inferior del *ring*, trató de orientar a su pupilo:

—¡Cúbrete, Gastón! ¡Y mueve las piernas! ¡No dejes de bailar con ellas!

Gastón Avril pareció dar un paso de tango, pero le resbaló la suela de la bota y ello provocó su desequilibrio, circunstancia que aprovechó Paul Lory para meterle su guante izquierdo en la cara.

Fue todo un guantazo, y nunca mejor empleada la expresión.

Gastón estuvo a punto de sufrir la primera caída de la noche, pero consiguió mantener la vertical.

El público rugió, entusiasmado por el magnífico golpe que había logrado colocar Paul Lory, casi a las primeras de cambio, y animó con más fervor al púgil que se presumía sería el vencedor del combate, de forma clara y rotunda, además.

Marcel Perrin, el preparador de Lory, también daba instrucciones a éste desde su rincón, ansioso porque derribaran a su rival antes de que concluyera el primer asalto.

Debido a su cara de perro pachón, parecía que ladraba, y René Gallart estuvo a punto de gritarle que se comprara un bozal y se lo pusiera.

Pero René prefirió aconsejar a su boxeador, quien se las veía y se las deseaba para frenar los continuos ataques de Paul Lory.

—¡No bajas la guardia, Gastón! ¡Mete la derecha en cuanto puedas! ¡Y baile de piernas, mucho baile de piernas! ¡No te quedes quieto ni un segundo! ¡Imagina que estás en el carnaval de Río de Janeiro!

Gastón Avril se lo imaginó y dio unos pasos de samba, provocando las carcajadas del público.

Pero, desgraciadamente para él, sus movimientos de samba no desconcertaron a Paul Lory, y éste consiguió colocarle nuevamente el guante en la cara.

Fue otro tremendo guantazo, que Gastón Avril no pudo resistir en pie firme, derrumbándose sobre la lona, en donde quedó sentado.

El árbitro se apresuró a enviar a Paul Lory a un rincón, e inició la cuenta, entre los gritos de júbilo del público, que casi llenaba el recinto deportivo.

René Gallart, en vista de que su pupilo no parecía tener ganas de levantarse y continuar la pelea, escupió una maldición y rugió:

—¡Arriba, Gastón! ¡Vamos, no seas vago! ¡Ya descansarás luego, cuando hayas vapuleado a Paul Lory!

Gastón Avril fulminó con la mirada a su manager, porque lo de vapulear a Paul Lory le sonó a pitorreo del bueno, y se incorporó antes de que el árbitro acabara la cuenta y proclamara vencedor del combate a Lory.

—¡Bravo, Gastón! —exclamó René—. ¡Demuéstrale a Lory que tienes madera de campeón! ¡Que se entere de quién es el mejor! ¡Cómetelo, tigre! ¡Machácalo con tus guantes!

La pelea se había reanudado, pero Gastón Avril no se comía ni machacaba a nadie, porque la iniciativa del combate seguía siendo totalmente de Paul Lory.

Era el único que atacaba, y el pobre Gastón bastante hacía con defenderse lo mejor que podía. Ya ni bailaba ni nada.

—¡Ese juego de piernas, Gastón! —gritó René—. ¡Tienes que bailar continuamente! ¡Si te mueves, Lory no te alcanzará con sus puños!

Gastón Avril ensayó unos pasos de cha-cha-chá, confiando que este ritmo le diera mejores resultados que el tango y la samba.

Pero, por desgracia, no fue así.

Paul Lory le conectó de nuevo uno de sus guantes, con la potencia acostumbrada, y Gastón Avril se desplomó sobre la lona.

CAPÍTULO II

Por suerte para Gastón Avril, la campana sonó antes de que el árbitro del combate acabara la cuenta de los diez segundos, dando por concluido el primer asalto, y eso le salvó, al menos por el momento, de una humillante derrota por K O.

Paul Lory se retiró a su rincón, visiblemente contrariado, pues le hubiera encantado ganar la pelea en el primer asalto, y ahora tendría que esperar al segundo.

René Gallart había saltado al cuadrilátero, por encima de las cuerdas, y ya se estaba ocupando de Gastón Avril, al que tuvo que llevar prácticamente a rastras hasta su rincón, dejándolo sentado en el taburete.

El boxeador debutante miró a su manager con el gesto más agrio que un limón verde.

—Conque era un pavo, ¿eh? —masculló.

René Gallart sonrió nerviosamente.

—Tranquilo muchacho. Tienes la pelea dominada.

—Guaséate de tu tía, anda.

René le puso la mano debajo de la boca.

—Escupe el protector de dientes, Gastón.

El boxeador lo intentó, pero no escupió nada.

—¿Qué diablos te pasa? —rezongó el preparador.

—En la boca no tengo nada, René.

—¿Y qué has hecho con el protector de dientes...?

—Me lo habré tragado, supongo.

—¡No digas estupideces!

—Bueno, pues lo habré escupido al recibir uno de los golpes de Paul Lory. El tipo sacude como una mula, René.

—Sobre la lona no está —dijo el manager, después de buscar el

protector de dientes con la mirada.

—Debió caer al suelo...

—Lo peor del caso es que no disponemos de ningún otro.

—Da igual, porque no pienso continuar la pelea. Dile al árbitro que abandono, René.

—¡Ni lo sueñes!

—No quiero recibir más golpes.

—¡Si hubieras seguido mis instrucciones, no habrías recibido ninguno!

—¡Ja!

—Me harté de decirte que te cubrieras, que no dejaras de moverte, que bailaras sin cesar.

—Hice todo eso, y no sirvió de nada.

—Entonces, pelea a tu manera. Quizá dé mejor resultado.

Gastón Avril sacudió la cabeza.

—No, yo no vuelvo a salir ahí.

—¡Tienes que hacerlo, Gastón! ¡Necesitamos la bolsa! ¡Son diez mil francos!

Justo en aquel instante, sonó de nuevo la campana y el árbitro indicó a ambos púgiles que reanudaran el combate.

Paul Lory acudió presto al centro del *ring*, pero Gastón Avril continuó con el trasero pegado al taburete.

Como la vez anterior, René Gallart tuvo que levantarlo y empujarlo hacia el centro del cuadrilátero.

—¡Duro con él, Gastón! ¡No tienes enemigo, créeme!

El boxeador se volvió, dispuesto a sentarse de nuevo, pero su manager ya había saltado del *ring*, llevándose el taburete.

—¡Maldita sea! —barbotó, al ver que no tenía más remedio que reanudar el combate.

—¡Ve por Lory, pantera! —le animó René—. ¡Demuéstrale lo fiero que te vuelves cuando te enfadas!

Paul Lory atacó a Gastón Avril de forma decidida, dispuesto a dejarle K. O. antes de que finalizara el segundo asalto.

Gastón retrocedió.

Marcel Perrin le había dicho a su boxeador que llevara al rival a un rincón, y que le martilleara el rostro y el estómago allí, hasta que se derrumbara como un saco de patatas.

Paul Lory consiguió arrinconar a su adversario.

El público rugió, pensando que el combate iba a acabar allí, en aquel ángulo del *ring*, pues sería muy difícil que Gastón Avril encontrara la manera de escabullirse, dada su falta de experiencia.

René Gallart, consciente del peligro que corría su pupilo, gritó: —¡Sal de ahí, Gastón! ¡Abandona ese rincón!

Gastón Avril no pudo hacerle caso.

Paul Lory estaba descargando ya sus puños sobre él, con una rapidez increíble.

Era un auténtico aluvión de golpes.

Gastón, que se limitaba a cubrirse la cabeza y el estómago, se enrabetó y pasó de la defensa al ataque en sólo una fracción de segundo.

Paul Lory, que no se esperaba aquello, resultó alcanzado por los puños de su rival y se echó para atrás, trastabillando.

Gastón Avril salió del rincón como un búfalo rabioso y siguió golpeando a su contrincante, sin cubrirse, sin bailoteos, a cara y pecho descubiertos.

Paul Lory, desconcertado por la inesperada y furiosa reacción de su rival, no sabía cómo frenarle. Su manager, no menos desconcertado que él, había enmudecido, y ya no soltaba ladridos.

René Gallart daba saltos de júbilo al pie del rincón de su boxeador.

—¡Bravo, Gastón, bravo! ¡Así se pelea, león! ¡Eso es lo tuyo, y no el baile! ¡Cómetelo con calzón y todo!

Los espectadores también habían enmudecido.

Y es que no podían creer lo que estaban viendo.

Paul Lory acababa de dar con sus huesos en el suelo, derribado por la avalancha de golpes.

El árbitro apartó a Gastón Avril e inició la cuenta.

De pronto, una espectadora joven y bonita, con el pelo rubio, brincó de su asiento y se puso a aplaudir rabiosamente.

—¡Viva Gastón! ¡Viva, viva, viva...!

Debido al silencio que en aquellos instantes reinaba en el recinto deportivo, las exclamaciones y los aplausos de la chica fueron oídos por todo el mundo.

René Gallart y Gastón Avril la buscaron con sus miradas.

Ambos sonrieron, porque conocían a la muchacha.

Se llamaba Colette Rambal, y era amiga de los dos.

René la saludó con la mano, y Gastón hizo lo propio con su guante derecho.

No hubo tiempo para más.

Paul Lory se había incorporado antes de que el árbitro acabara la cuenta de los diez segundos, y se reanudó la pelea.

Marcel Perrin indicó a su boxeador que tomara la iniciativa de nuevo.

Paul Lory lo intentó, pero Gastón Avril volvió a mostrarse arrollador, peleando a su manera, sin preocuparse de mantener la guardia ni de nada.

El combate había dado un giro total.

Ahora, el que atacaba furiosamente era Gastón Avril, y Paul Lory se protegía como podía.

De continuar las cosas así, Gastón Avril, el boxeador desconocido, sería el vencedor de la pelea. Y lo sería por K. O., humillando al experto y curtido Paul Lory.

Pero había alguien entre el público que estaba muy interesado en que Paul Lory fuera el ganador del combate, y decidió tomar cartas en el asunto.

Bastó una leve indicación de los hombres que estaban a su servicio se levantasen de sus sillas y se acercasen a René Gallart.

Uno de ellos le puso la mano en el hombro derecho, y el otro le puso la suya en el izquierdo.

René les miró a los dos.

—¿Quiénes son ustedes...? ¿Qué quieren?

—Ordena a tu boxeador que frene su ímpetu —dijo el de la derecha.

—¿Eh...?

—El combate tiene que ganarlo Paul Lory, ¿entiendes?

—Si lo gana tu boxeador, lo lamentaréis los dos —amenazó el otro individuo.

René Gallart se disponía a replicar cuando algo se incrustó brutalmente en su hígado.

Era el puño del tipo que tenía a su derecha, protegido por unos nudillos de metal.

El dolor, intenso, obligó a René a encogerse, con la boca abierta y los ojos apretados.

Entonces, entró en acción el puño del otro matón, igualmente

reforzado con nudillos metálicos, para que el golpe fuera más terrible.

Los nudillos de acero se clavaron en la región renal del manager de Gastón Avril.

René Gallart quiso gritar, pero el dolor le ahogaba, y sólo pudo boquear como un pez fuera del agua. Como las piernas se negaban a sostenerle, tuvo que agarrarse a la cuerda inferior del *ring* para no desplomarse.

El sujeto que acababa de propinarle el terrible golpe en la región renal, dijo:

—Esto es sólo una muestra de lo que os pasará a ti y a tu boxeador si Paul Lory no gana el combate.

—No lo olvides, amigo —añadió el otro fulano.

Después, se alejaron los dos.

El incidente había pasado totalmente inadvertido para el público, pues todos tenían los ojos puestos en Gastón Avril y Paul Lory. Y ya no estaban mudos, sino que animaban a Gastón, pese a no haber apostado por él.

La furia y el ímpetu que ponía de manifiesto el desconocido púgil habían despertado el entusiasmo de los espectadores, y aunque su forma de boxear era muy poco ortodoxa, deseaban su victoria.

Gastón se contagió del júbilo de los aficionados y exclamó:

—¡Soy Gastón Avril, el campeón del mes de abril!

Un segundo después, le soltó una «pina» a Paul Lory, y éste se venía irremisiblemente abajo.

El árbitro se puso a contar, entre los gritos y las exclamaciones del público, cada vez más enfervorizado.

En esta ocasión, la suerte ayudó a Paul Lory a salir del apuro, pues la campana sonó y finalizó el segundo asalto, obligando al árbitro a interrumpir la cuenta de los diez segundos.

De no haber sonado el «gong» tan oportunamente, Paul Lory hubiera perdido el combate, pues no se encontraba con fuerzas para levantarse por sí mismo, y tuvo que ser ayudado por su manager.

CAPÍTULO III

Gastón Avril se dirigió a su rincón, aplaudido y vitoreado por los espectadores. Al descubrir que René Gallart todavía no había saltado al *ring*, y que ni siquiera le había puesto el taburete en el rincón, para que se sentara y descansara, exclamó:

—¿Es que tú solo te ocupas de mí cuando me tumban? ¡Pues vaya un manager que tengo!

René Gallart, que seguía agarrado a la cuerda inferior del *ring*, forzó una sonrisa y dijo:

—Has estado formidable, Gastón. Realmente sensacional. Sigue así, y dejarás K. O. a Paul Lory en el próximo asalto.

Gastón Avril entrecerró los ojos, como si sospechara que a su preparador le había sucedido algo.

—¿Te encuentras mal, René?

—No, estoy perfectamente.

—Tienes mala cara, ¿sabes? Estás pálido y tu voz me suena rara.

—Debe de ser la emoción.

—¿Por qué no subes a cuidarme?

—No es necesario. El que necesita cuidados es Paul Lory.

—¿Qué me ocultas, René?

—Nada.

—Entonces sube al *ring* y ponme el taburete.

—Ya casi no hay tiempo, Gastón.

—Hazlo.

—Está bien.

René Gallart puso el taburete en el rincón y luego subió al cuadrilátero. Pese a que se esforzó por hacerlo con naturalidad, Gastón Avril advirtió que se movía con dificultad. También apreció en su rostro un rictus de sufrimiento.

Ante la sorpresa del público, de los jueces del combate y del propio árbitro, Gastón Avril hizo que René Gallart se sentara en el taburete y empezó a mojarle la cara con la esponja.

¡Lo nunca visto!

¡En vez de cuidar el mánager a su boxeador, era el boxeador quien cuidaba a su manager!

René Gallart quiso acabar con aquella situación tan ridícula, a pesar de que el agua que despedía la esponja le sentaba muy bien.

—¿Te das cuenta de lo que estás haciendo, Gastón...? — exclamó, haciendo ademán de levantarse del taburete.

Avril lo impidió y dijo:

—Quieto ahí, René. Necesitas que alguien se ocupe de ti.

—¡Tienes que continuar el combate!

—Todavía no ha sonado la campana.

—¡Pero sonará de un instante a otro!

Gastón se volvió hacia el cronometrador de la pelea.

—No le dé a la campana hasta que yo le diga, o tendrá que vérselas conmigo. Mi manager se halla indispuerto, y tengo que atenderle.

René levantó la mano y le tapó la boca a su boxeador, aunque llegó tarde.

—¿Es que te has vuelto loco, Gastón...? ¡Te pueden descalificar por amenazar al juez cronometrador!

—Que lo intenten y los dejo sin dientes a todos.

—¡Piensa en la bolsa, Gastón! ¡Necesitamos esos diez mil francos, más que un naufrago un madero!

El boxeador sonrió.

—Tenemos ese dinero en el bote, René. Ya viste que, en cuanto dejé de imitar a John Travolta, me hice el amo del *ring*. Lo mío no es bailar, sino sacudir a destajo.

René Gallart sonrió también.

—Te dije que tenías madera de campeón, ¿recuerdas?

—Sí.

—Tengo una pupila para esto...

Gastón Avril dejó de sonreír.

—¿Qué te ocurrió, René?

—Te lo contaré cuando acabes con Paul Lory. Y procura que sea pronto; tengo ganas de verme en el vestuario.

—Descuida, René. La pelea no llegará al cuarto asalto, te lo prometo.

—A ver si es verdad —sonrió el manager, y se puso en pie con cierta dificultad.

Gastón lo ayudó.

—¿Te sientes mejor, René?

—Sí, parece que ya no me duele tanto.

—Me alegro. Cuidado al bajar, René.

—No temas.

René Gallart, que ya había pasado por entre las cuerdas, se deslizó hasta el suelo y quedó al pie del rincón de su boxeador.

—Vamos, Gastón, no pierdas más tiempo —apremió.

Gastón Avril sonrió y miró al cronometrador, que, seguía tan perplejo como el resto de los presentes.

—Ya puede darle a la campana, amigo.

El tipo respingó y le atizó a la campana, al tiempo que ponía en marcha el cronómetro.

Gastón Avril fue decididamente hacia Paul Lory.

Éste, por un instante, sintió deseos de bajarse del *ring* y echar a correr hacia los vestuarios, pues sospechaba que lo iba a pasar muy mal.

Pero no lo hizo, claro.

Era un boxeador profesional, curtido en un centenar de combates, la mayoría de ellos victoriosos, y no estaría bien que ahora echara a correr como un conejo asustado.

Además, Raymond Barroux no se lo perdonaría.

Era el dueño del gimnasio en donde él se entrenaba, junto con otros varios boxeadores.

El hombre que les proporcionaba los combates.

El hombre que les pagaba.

El jefe, en una palabra.

Un jefe muy duro, aún más que los matones a sueldo que siempre le acompañaban.

Paul Lory hizo de tripas corazón y plantó cara valientemente a Gastón Avril, el campeón del mes de abril, como dijera Gastón en broma, llevado de su euforia.

El veterano Lory trató de imponer su mejor técnica, pero no le sirvió de nada, porque Gastón Avril volvía a ser una furia desatada,

un torbellino, un huracán sobre el *ring*, y no había forma humana de frenarle.

Gastón golpeó una y otra vez a su rival, sin concederle tregua ni respiro, decidido a acabar la pelea cuanto antes.

Y lo consiguió.

Paul Lory sufrió una nueva caída, de la que se suponía no podría recuperarse.

En efecto, el árbitro inició la cuenta de los diez segundos y la terminó sin que Paul Lory intentara siquiera levantarse.

¿Cómo iba a intentarlo, si no tenía fuerzas ni para levantar un dedo?

El árbitro sí que tuvo fuerzas para levantar el brazo derecho de Gastón Avril, proclamándolo vencedor del combate por K. O. entre el desbordante entusiasmo del público, que no se cansaba de aplaudir a Gastón.

Raymond Barroux, el espectador que enviara a dos de sus matones con la consigna de meterle el miedo en el cuerpo al manager de Gastón Avril, no quiso permanecer en el recinto deportivo un solo segundo más.

Se levantó, arrojó el puro con rabia y se encaminó hacia la salida con paso rápido, seguido de sus matones.

Gastón Avril había ganado el combate, pero él y su manager se iban a arrepentir de no haber hecho caso de las amenazas de los matones del duro y despiadado Raymond Barroux.

CAPÍTULO IV

A René Gallart y Gastón Avril no les fue fácil abrirse paso hacia los vestuarios, porque los periodistas deportivos y los aficionados les rodeaban, hablando todos a la vez.

El manager caminaba apoyándose en su boxeador, quien a su vez lo sostenía por la cintura con su brazo.

—¡Por favor, déjennos pasar! —rogó Gastón—. ¡Mi preparador no se encuentra bien!

Los periodistas insistieron.

Todos querían entrevistar al púgil que había sido capaz de noquear a Paul Lory.

—¡Mañana concederé entrevistas a todo el mundo, pero esta noche no puedo! —gritó Gastón—. ¡Acudan al gimnasio de la calle España, allí les atenderé a todos con mucho gusto!

Por fin, Gastón y René consiguieron alcanzar los vestuarios, y se metieron en el que les había sido destinado por el organizador de la velada.

El boxeador cerró la puerta con rapidez, para que no se colara nadie.

Después, llevó a su preparador hacia la alargada mesa de masajes y lo ayudó a echarse en ella, boca arriba.

—¿Dónde te duele, René? —preguntó Gastón, que todavía llevaba los guantes puestos y se cubría con una bata corta, muy chillona.

El manager iba a responder, cuando llamaron a la puerta.

Gastón rezongó una imprecación.

—¡Le voy a partir la cara a alguien! —dijo, y acudió a abrir.

El corredor estaba lleno de gente, pero la que había llamado era Colette Rambal, la amiga de Gastón y René.

—¡Hola, campeón! —exclamó la muchacha, abrazando y besando al boxeador.

Gastón la hizo entrar en el vestuario.

—¡Adentro, de prisa!

Colette Rambal miró a René Gallart, mientras Gastón Avril cerraba la puerta de nuevo y casi le pillaba la mano a un periodista.

—¿Qué le pasa a René, Gastón...? —preguntó la joven.

—Todavía no lo sé.

El manager, con la mano sobre la zona del hígado, rezongó:

—Me sacudieron, Colette.

—¿Quién?

—Un par de tipos.

—¿Por qué te pegaron, René? —inquirió Gastón.

Gallart se lo explicó.

El boxeador apretó las mandíbulas.

—Conque fue por eso, ¿eh? —masculló—. Querían que Paul Lory ganara el combate...

—Sí.

—¡Pues lo perdió!

Colette Rambal, visiblemente preocupada, dijo:

—Esos hombres os buscarán, René.

—Seguro.

—¡Que nos busquen! —dijo Gastón—. ¡Les daremos una lección que no olvidarán jamás!

—Será mejor que me ocupe de René —dijo Colette—. ¿Dónde está el botiquín?

—Yo lo traeré —respondió Gastón—. Pero, antes quítame los guantes, Colette. Me siento inútil con ellos.

La muchacha sonrió ligeramente e hizo lo que Gastón le pedía.

Tenía veinticuatro años, y vestía un ajustado pantalón color hueso y una ceñida camiseta amarilla, que marcaba descaradamente las formas de sus senos, altos y armoniosos. La ausencia de sujetador era notoria.

Colette daba la espalda a René, y los ojos de éste se pasaron inevitablemente en el esbelto trasero fe redondo y erguido, realmente tentador.

René esbozó una sonrisa, porque él había tenido la suerte de contemplar desnudo lo que ahora cubría el ajustado pantalón. Y

también lo que cubría la ceñida camiseta...

La suerte de contemplarlo, de acariciarlo, de besarlo, de estrujarlo...

Sí, Colette y él habían hecho el amor numerosas veces.

René tenía planeado hacerlo también aquella noche, pero lamentablemente no iba a poder ser. Le dolía demasiado el hígado y la región renal, y hacer el amor en esas condiciones era absolutamente imposible.

Colette ya le había quitado los guantes de boxeo a Gastón, y éste fue en busca del botiquín. Justo cuando volvía con él, sonaron unos golpes en la puerta.

—¡Cuando yo digo que esta noche le parto la cara a alguien! —rugió el boxeador, y fue hacia la puerta.

Al abrir, descubrió a Gilbert Verraud, el organizador de la velada boxística.

—¿Puedo pasar unos minutos, Gastón? —preguntó, con la sonrisa en los labios.

—Naturalmente, señor Verraud —respondió Avril, comprendiendo que no podía negarle la entrada al hombre que les había dado la oportunidad de embolsarse diez mil hermosos francos.

—Gracias —dijo el organizador de los combates, penetrando en el vestuario.

Gastón se apresuró a cerrar nuevamente la puerta.

Gilbert Verraud aparentaba unos cuarenta y cinco años de edad, era de estatura corriente y complexión delgada. Vestía con elegancia. Lo primero que hizo fue interesarse por el estado de René Gallart.

—¿Qué le ha ocurrido a su manager, Gastón?

El boxeador fue a responder, pero René se le anticipó:

—No es nada, señor Verraud. Tengo algunos problemas con mi hígado, y de vez en cuando siento dolores.

—¿Ha ido al médico, René?

—Sí, estoy en tratamiento.

—Tiene usted que cuidarse, René. Nada de alcohol, nada de tabaco, nada de chicas... —Gilbert Verraud se fijó en Colette Rambal.

El manager tosió.

—Le presento a Colette, señor Verraud. Una buena amiga de Gastón y mía.

—Encantado, señorita.

Colette se limitó a sonreír.

Gilbert Verraud carraspeó y dijo:

—Bien, vayamos al asunto. Me gusta su forma de pelear, Gastón. Es bastante tosca, pero tremendamente efectiva. Al público también le gustó, ya vio usted cómo le aplaudieron y le vitorearon. Hasta esta noche, era usted un púgil desconocido, pero su brillante victoria sobre Paul Lory le va a proporcionar una gran popularidad. Estoy seguro de que los aficionados al boxeo querrán verle pelear de nuevo. Y lo antes posible. Por eso he venido a hablar con usted. Quiero organizar una nueva velada, y me gustaría saber si puedo contar con usted, Gastón.

—¡Por supuesto que puede! —respondió René Gallart, sin dudarle ni un segundo.

Gastón Avril lo miró.

—René, yo creo que...

—Habla de eso luego, Gastón —le interrumpió el manager—. El señor Verraud es un hombre muy ocupado, y no debemos hacerle perder más tiempo.

Gilbert Verraud sonrió.

—Gracias, muchachos. Les espero por la mañana en mi despacho, para entregarles los diez mil francos y ultimar los detalles de la próxima pelea. ¿De acuerdo?

—No faltaremos, señor Verraud —respondió René.

El organizador de la velada se despidió y abandonó el vestuario.

Gastón miró de nuevo a su manager.

—¿Por qué no le dijiste la verdad al señor Verraud, René?

—¿A qué te refieres?

—A los tipos que te sacudieron, naturalmente.

—Eso a él no le interesa. Lo que le interesa a Gilbert Verraud es que tú pelees de nuevo y vuelvas a ofrecer un espectáculo como el de esta noche, Gastón.

—René, yo no quiero ser boxeador...

—¿Cómo puedes decir eso después del rotundo éxito que has conseguido esta noche?

—Mira, accedí a pelear con Paul Lory porque estábamos sin

blanca y podíamos conseguir diez mil francos. Ahora ya son nuestros y...

—¡Conseguiremos muchos más, Gastón! ¡Voy a hacer de ti un campeón!

—René, que ya he cumplido los treinta y un años...

—¿Y qué?

—Pues que es un poco tarde para pensar en llegar a ser un campeón de boxeo, ¿no te parece?

—¡Tonterías! Estás en la mejor edad, te lo aseguro.

—¡Pero si no sé boxear!

—Ni falta que hace. Con tu poderosa pegada no habrá rival que se te resista. Lo único que te hace falta es un buen fondo físico. Y de eso me encargo yo, no te preocupes. Gimnasio, mucho gimnasio. Así conseguirás la agilidad que necesitas para moverte por el *ring* ligero como una pluma. Te haré saltar a la comba dos o tres horas cada día, y acabarás bailando mejor que John Travolta. Lo que te ocurrió hoy en el primer asalto no volverá a sucederte.

Gastón fue a decir algo, pero René miró a Colette y recordó:

—¿No dijiste que ibas a ocuparte de mí, preciosa?

—Sí.

—¿Y a qué esperas?

Colette cogió el botiquín y lo abrió.

Tras echar un vistazo a lo que contenía, tomó un frasco y dijo:

—Esto creo que servirá. Es para los golpes. Levántate la camiseta, René.

El manager lo hizo mientras sugería:

—¿Por qué no te duchas, Gastón?

—Sí, es una buena idea —rezongó el boxeador, y se metió en el baño.

Colette Rambal estaba atendiendo ya el golpe que tenía René Gallart en la zona del hígado.

—Te atizaron duro, René.

—Sí, muy duro —gruñó el manager.

—¿Con qué te golpearon? Esto no parece hecho con un puño.

—Debían llevar algo en ellos. Unos nudillos de hierro, o algo así.

—¡Qué salvajes! —exclamó Colette, estremeciéndose.

—Yo los llamaré a otra cosa, pero me sabe mal mencionar a sus madres.

—Puede que ellas sean unas santas pero los tipos son unos hijos de «eso».

René alzó la mano y le acarició el rostro.

—¿Apostaste por Gastón, Colette?

—Claro.

—¿Y cuánto ganaste?

—¡Una fortuna! Como todo el mundo pensaba que iba a ganar Paul Lory, hice el negocio del año.

—Me alegro.

—El caso es que yo también pensaba que iba a ganar Paul Lory, pero hubiera estado muy feo que yo apostara por él.

René sonrió.

—Eres una chica estupenda, Colette.

—Eso se lo dices a todas.

—Pero sólo me acuesto contigo.

—No será esta noche.

—No, y créeme que lo siento. No estoy en condiciones de hacerte el amor.

—Ya me avisarás cuando lo estés. Vamos, date la vuelta y muéstrame el otro golpe.

—Antes quiero que me des un beso.

—No tengo inconveniente —sonrió Colette, y se lo dio.

René le puso una mano en la nuca y presionó, haciendo ver que deseaba que el beso fuera largo y apasionado. Al propio tiempo, su otra mano se deslizaba por debajo de la ceñida camiseta amarilla y alcanzaba los pechos de Colette, cálidos y duros.

Ella acusó al instante el contacto de la mano masculina, estremeciéndose dulcemente, pero no intentó separar su boca de la de él. Le complacía que René le acariciase los senos, porque sabía hacerlo como nadie.

Lejos estaba Colette Rambal de sospechar que aquélla sería la última vez que René Gallart acariciase sus pechos, porque ella no vería la luz del nuevo día...

CAPÍTULO V

Gastón Avril acabó de ducharse, atrapó la toalla, y se secó vigorosamente el cuerpo. Cubierto sólo con el *slip*, porque el resto de su ropa estaba en el armario del vestuario, salió del baño, llevando en sus manos el rojo calzón con el que había hecho su debut como boxeador, la chillona bata, y las botas.

René Gallart y Colette Rambal no le oyeron salir, y el boxeador los sorprendió besándose con ganas. Como, además, la mano derecha del manager seguía debajo de la ceñida camiseta amarilla, acariciando el turgente busto de la muchacha, Gastón Avril no pudo contenerse y exclamó:

—Parece que ya te encuentras mejor, ¿eh, René?

Colette se irguió al instante y la mano de René salió veloz de debajo de la camiseta de la joven.

—¿Decías algo, Gastón...? —preguntó el preparador, emitiendo un carraspeo.

—Nada, no decía nada —gruñó el púgil—. Por mí podéis continuar, no me importa en absoluto.

—Ya has oído a Gastón, Colette. Puedes continuar con la cura —indicó René, guiñándole el ojo a la muchacha.

Ella tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a reír.

—A curas así me apuntaba yo en seguida —masculló Gastón, que ya estaba abriendo el armario.

Mientras Colette atendía el golpe que tenía René en la región renal, Gastón se vistió, colocándose unos tejanos azules y una camisa a cuadros. Calzaba zapatillas de deporte, idénticas a las de su manager.

René se puso en pie, ayudado por Colette, y preguntó:

—¿Lo has recogido todo, Gastón?

—Lo estoy metiendo en la bolsa.

—Bien.

Un par de minutos después, René, Gastón y Colette abandonaban el vestuario.

En el corredor seguía habiendo gente, esperando la salida del triunfador de la velada. Algunos eran periodistas, pero Gastón se negó de nuevo a hablar con ellos, recordándoles que fueran por la mañana al gimnasio de la calle España si querían entrevistarle.

—¿Es su novia, Gastón? —preguntó un periodista, mirando a Colette.

—No —gruñó el boxeador.

—¿La novia de su manager? —preguntó el periodista.

—Sí.

No era cierto, pero René no lo desmintió.

Tampoco lo hizo Colette, quien sonrió divertida.

Los periodistas hicieron algunas fotos a Gastón, su manager y la muchacha, los tres juntos, para sacarlas en sus respectivos periódicos.

Acosados por ellos y por un par de docenas de aficionados, Gastón, René y Colette abandonaron el Palacio de los Deportes.

El coche de Colette Rambal, un «Renault-5», se hallaba estacionado cerca del recinto deportivo. Montaron los tres en él, y se alejaron.

René iba sentado delante, junto a Colette, mientras que Gastón ocupaba el asiento trasero.

—¿Por qué les dije a los periodistas que René y yo éramos novios, Gastón? —preguntó Colette, que manejaba el volante con mucha seguridad.

—Para que dejaran de hacer preguntas —rezongó el boxeador.

—Si les hubieras dicho que era tu novia, te habrías ahorrado una respuesta.

—Es René quien te besa, te acaricia, y hace el amor contigo, no yo.

—Eso es verdad —admitió Colette, sin enfadarse.

El «Renault-5» de la muchacha siguió rodando por las calles de París.

Unos veinte minutos después, se detenía frente al edificio en donde vivía René, en un pequeño apartamento de alquiler. Gastón

vivía cerca de allí, en otro modesto apartamento alquilado, pero aquella noche dormiría en el de su manager.

René y Gastón lo habían acordado así por el camino, por si acaso los tipos que amenazaran y golpearan a René intentaban algo contra ellos.

Hallándose juntos, sería más difícil que los matones logran sorprenderles.

René y Gastón se despidieron de Colette y se apearon, el manager ayudado por su boxeador.

La muchacha esperó hasta que los vio entrar en el portal.

Después, puso nuevamente el motor en marcha y el «Renault-5» arrancó, cobrando velocidad rápidamente.

* * *

Colette Rambal vivía en un bonito apartamento, moderno y confortable.

Apenas entrar en él, la muchacha arrojó su bolso sobre el sofá del *living* y se despojó de la camiseta, quedando con el torso desnudo. Así, con sus jóvenes y hermosos pechos al aire, oscilando de forma excitante, se dirigió al cuarto de baño y abrió los grifos de la bañera.

Le apetecía darse un baño de agua templada antes de meterse en la cama. Mientras la bañera se llenaba, Colette salió del cuarto de baño y se metió en su dormitorio, en donde acabó de desvestirse.

Completamente desnuda, sacó su bata del armario y se la enfundó, aunque no se molestó en atarse el cinturón. Como iba a quitársela dentro de unos minutos, para darse un baño...

Así, con la bata abierta, mostrando sus más íntimos encantos, y los pies metidos en unas chinelas azules, Colette salió del dormitorio y fue hacia el *living*.

En el bolso llevaba una cajetilla de cigarrillos y su encendedor de gas. Le daba tiempo a fumarse un pitillo, así que se sentó en el sofá, abrió el bolso y sacó la cajetilla y el encendedor.

Un minuto después, Colette expulsaba la primera bocanada de humo.

Como la puerta del baño estaba abierta de par en par, la muchacha oía el ruido que producía el agua que brotaba de los

grifos al caer en la bañera.

Según ese ruido, la bañera estaba llena solo hasta la mitad, aproximadamente, así que Colette decidió servirse una copa. Se levantó del sofá, se acercó al mueble de las bebidas y se preparó un trago.

Tras tomar un sorbo de licor, regresó al sofá y descansó los pies en la mesa del *living*, de cristal ahumado, muy baja. La bata se le abrió de par en par, pero Colette no hizo nada por cubrirse.

Le gustaba contemplar su cuerpo desnudo, porque sabía que era esbelto y hermoso. Además, estaba sola en su apartamento y podía moverse completamente en cueros si le apetecía, porque nadie podía verla.

Eso, al menos, pensaba ella.

Pero estaba equivocada.

No se hallaba sola en el apartamento.

Había alguien más.

Estaba oculto tras la cortina del *living*, y desde allí observaba a Colette Rambal con ojos lujuriosos.

La total desnudez de la muchacha había despertado en él los más sucios deseos.

Colette, sin sospechar que corría un grave peligro, siguió fumando y tomando sorbos de licor, tranquilamente recostada en el sofá, con todo al aire.

La cortina que servía de escondite al asesino, cubría justamente la pared que se hallaba detrás del sofá, por lo que Colette daba la espalda al tipo.

Por eso no lo vio salir de detrás de la cortina, con una cuerda en las manos. Una cuerda como las que utilizan los boxeadores para saltar a la comba en los gimnasios.

Súbitamente, la cuerda cayó sobre el cuello de Colette Rambal y se enroscó a él de forma brutal.

La muchacha dejó caer la copa y el cigarrillo, y se llevó ambas manos al cuello, tratando inútilmente de aflojar la presión de la cuerda.

Quiso chillar, pero la cuerda apretaba tanto su garganta que no le permitió emitir grito alguno. Con ojos desorbitados, expresando un terror infinito, y el rostro cada vez más congestionado, Colette siguió luchando desesperadamente por evitar su estrangulamiento,

pero todos sus esfuerzos resultaron estériles.

La cuerda apretaba más y más su cuello; su cara estaba ya amoratada; parecía que los ojos iban a saltarle de las cuencas, su boca estaba muy abierta, tenía la lengua fuera...

Su cuerpo desnudo, brillante de sudor a causa de las violentas sacudidas que daba, y de los pataleos, fue quedándose quieto, porque la muchacha ya no tenía fuerzas para agitarse.

La asfixia había alcanzado unos grados muy elevados.

La muerte estaba a punto de llegar.

Y llegó.

Nada ni nadie pudo evitarlo.

El asesino mantuvo la presión de la cuerda algunos segundos más, para asegurarse de que Colette Rambal estaba bien muerta. Después, retiró la cuerda del cuello femenino, en donde había dejado una clara marca.

La muchacha se desplomó sobre el sofá, con una expresión horrible en su rostro.

El asesino rodeó el sofá y contempló a su víctima.

No le miró la cara, porque no resultaba agradable, sino todo lo demás. Y le siguió pareciendo muy hermoso.

Los ojos del asesino volvieron a brillar de deseo.

Sabía que estaba contemplando un cadáver, pero no le importó.

Se despojó de los guantes, y tocó el cuerpo de Colette Rambal.

Seguía caliente, suave al tacto, deseable...

Acariciar las hermosas formas de la muchacha le excitó aún más, y olvidando deliberadamente que ella estaba muerta, sació sus sucios instintos ultrajando el cadáver de Colette Rambal.

CAPÍTULO VI

Gastón Avril estaba preparando el desayuno cuando vio salir a René Gallart de su habitación, cubierto sólo con el pantalón de pijama.

—Buenos días, campeón —saludó el manager, con una sonrisa.

—¿Cómo te encuentras esta mañana, René?

—Mucho mejor.

—Me alegro.

—El descanso me ha sentado bien. Todavía me duelen un poco los golpes, pero puedo moverme sin dificultad.

—Es decir, que esta noche ya podrás acostarte de nuevo con Colette.

—Si ella quiere, no seré yo quien se eche atrás.

—¡Seguro que querrá! Para irse contigo a la cama, siempre está dispuesta. En cambio, si se lo propusiera yo...

—¿Se lo has sugerido alguna vez?

—No, nunca. Y lo he pensado muchas veces, no creas. Pero no le he dicho nada porque sé que se negaría. Eres tú quién le hace tilín, no yo. Además, sabiendo que tú te acuestas con ella estaría muy feo que yo le propusiera hacer el amor conmigo.

René sonrió.

—A mi no me importaría, te lo aseguro. Me gusta Colette, pero no estoy enamorado de ella. Ni ella de mí. Nos tenemos afecto y lo pasamos bien en la cama, eso es todo. Y como Colette también siente un gran afecto por ti, no me extrañaría en absoluto que accediera a irse a la cama contigo también, si se lo pidieras.

—¿Estás seguro...? —exclamó Gastón.

—Apostaría por ello.

—Será cuestión de proponérselo, pues.

—Hazlo, no seas tonto. Lo pasarás de maravilla.

Mientras Gastón acababa de preparar el desayuno, René se introdujo en el cuarto de baño y se duchó.

Cuando salió de él, fresco y oliendo a jabón, el desayuno estaba listo para ser engullido.

René y Gastón dieron buena cuenta de todo, porque los dos tenían un apetito voraz.

Justo en el instante en que el manager se levantaba de la silla para dirigirse a su habitación y vestirse, llamaron a la puerta.

—¡Ya los tenemos ahí, René! —exclamó el boxeador, poniéndose en pie de un brinco.

—¿Estás pensando en los tipos que me atizaron?

—¡Claro! ¡Seguro que son ellos!

—Pues, si lo son, van a encontrarse con lo que no se esperan —rezongó René, atrapando su silla y levantándola por encima de su cabeza.

—¡Los vamos a hacer migas! —dijo el púgil, disparando ya sus demolidores puños al aire.

—Abre tú, Gastón. Yo le rompo la silla en la cabeza al primero que entre, y tú te encargas del otro.

—¡De acuerdo!

Se acercaron los dos a la puerta.

René se colocó en posición de arrear el silletazo y Gastón abrió la puerta bruscamente.

—¡Ahora René! —gritó el boxeador.

El manager fue a descargar la silla sobre la cabeza de uno de los matones, pero interrumpió su acción al descubrir que no se trataba de los tipos que le golpearan, sino de una muchacha, atractiva y bien vestida.

—¡No, por favor...! —chilló la chica, protegiéndose la cabeza con sus brazos.

René y Gastón se quedaron mirándola, perplejos.

La joven, de unos veintitrés años de edad, cabello rojizo, y preciosos ojos verdes, también se quedó muy quieta, mirando asustada la silla que mantenía en alto el manager de Gastón Avril.

—¿Por qué... por qué no deja esa silla en el suelo, René...? —sugirió la muchacha, tartamudeando.

Gallart ni se acordaba ya de que mantenía la silla en alto.

La bajó lentamente y preguntó:

—¿Me conoce usted...?

—Sí, los conozco a los dos —respondió la joven, retirando los brazos de su cabeza.

—¿De qué? —interrogó Gastón.

—Estuve anoche en el Palacio de los Deportes, y presencié su combate con Paul Lory.

—¿De veras...?

—Estuvo usted extraordinario, Gastón.

—Caramba, muchas gracias —sonrió el boxeador, visiblemente halagado—. La verdad es que uno, dentro de su modestia...

—En el primer asalto se dedicó a hacer el payaso, sospecho que para confiar a su rival, pero en los asaltos segundo y tercero boxeo en serio, e hizo trizas a Paul Lory.

—Sí, en el primer asalto boxeé en broma —carraspeó Gastón—, fue idea de mi manager, que sabe mucho de tácticas. Me dijo que hiciera el idiota, y yo lo hice lo mejor que supe.

—Le salió como si fuera de verdad, Gastón.

—Gracias, muy amable —tosió el boxeador, al tiempo que dirigía una significativa mirada a su manager.

La atractiva pelirroja miró también a René Gallart.

—¿Se halla usted repuesto de su indisposición. René...?

—¿Cómo?

—Se puso enfermo anoche, ¿no? ¿O tal vez era otra de sus astutas tácticas para librarse de los periodistas...?

Ahora fue René quien tosió.

—No, no era ninguna táctica, me puse enfermo de verdad. Me dieron un golpe aquí, en la zona del hígado, y otro en los riñones. Ésa fue la causa de mi repentina indisposición. Todavía tengo las marcas, como puede ver —se las mostró las dos.

La muchacha se estremeció perceptiblemente.

—Debieron ser dos golpes terribles...

—Ya lo creo que lo fueron —asintió el manager.

—¿Quién le golpeó, René?

—Dos desconocidos.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿No lo sabe... o no quiere decírmelo? —Adivinó la joven.

—Hace usted muchas preguntas, señorita.

—Es mi oficio.

—¿Qué quiere decir?

—Soy periodista.

—¡Periodista! —exclamó Gastón, respingando.

—Sí, trabajo para el «*France Sport*» —explicó la chica—. Me llamo Claudine Chauvelot, y suelo escribir las crónicas de los combates. También me encargo de entrevistar a los boxeadores, a sus preparadores, a los organizadores de las veladas... En fin, que me ocupo de todo lo que tiene relación con el mundo del boxeo.

René y Gastón no salían de su asombro.

El primero murmuró:

—Una mujer, crítico de boxeo... Me cuesta creerlo.

—A mí también —dijo Gastón.

—Si me permiten, entrar, se lo demostraré. Traigo en mi bolso un ejemplar del número de hoy de «*France Sport*», en el que aparece la crónica de los combates de anoche, firmada por mí —informó la atractiva periodista—. También se insertan algunas fotografías.

—Pase usted, Claudine —rogó René.

—Gracias —sonrió la joven, y penetró en el apartamento.

René se apresuró a ofrecerle una silla, la misma que estuvo a punto de descargar sobre la rojiza cabeza de la periodista.

—Siéntese, Claudine.

—¿Por qué quería rompérmela en la cabeza, René...? —preguntó ella.

—Disculpe, creíamos que se trataba de otra persona —carraspeó el manager.

—¿Los tipos que le golpearon anoche, tal vez...? —Adivinó Claudine.

—Sí —confesó René.

—Me tiene intrigada con eso, ¿sabe?

René cambió hábilmente de conversación:

—Saque ese periódico, por favor. Gastón y yo estamos deseando leer su crónica.

—Sí, estamos impacientes —corroboró el boxeador.

Claudine Chauvelot abrió su bolso, tomó el ejemplar del «*France Sport*», y se lo entregó a René Gallart.

—Tengan, lean.

René y Gastón buscaron nerviosamente la sección de deportes.

En una de las fotografías, aparecían ellos dos con Colette Rambal.

Fue tomada cuando salieron del vestuario, poco después de que Gastón dijera a los periodistas que Colette era la novia de René.

El manager y su boxeador, tras ojear las fotos, empezaron a leer la crónica de los combates, casi toda ella dedicada al que cerró la velada, porque resultó el más sorprendente y el más espectacular, el que entusiasmó de verdad al público.

La crónica, magnífica, estaba efectivamente firmada por Claudine Chauvelot.

—Le agradezco mucho sus elogios, Claudine —dijo Gastón, visiblemente satisfecho.

—También yo —dijo René—. Es una crítica estupenda.

—Hubiera quedado mejor publicando una entrevista con ustedes dos, pero no pudo ser —sonrió la periodista—. Y comprendo perfectamente que, en las condiciones que se encontraba usted, René, no quisiera hacer declaraciones. Y Gastón tampoco.

—No recuerdo haberla visto entre los periodistas que nos asediaban, Claudine —dijo René.

—Ni yo —dijo Gastón.

—Éramos muchos —recordó la periodista.

—¿Por qué ha venido a mi apartamento, en lugar de acudir al gimnasio de la calle España? —preguntó el manager—. Gastón dijo que concedería las entrevistas allí.

—Sí, es cierto —sonrió de nuevo Claudine—. Pero en el gimnasio seremos muchos, preguntando todos a la vez, y a mí no me gusta entrevistar a la gente así. Por eso vine aquí. Bueno, antes fui al apartamento de Gastón, pero al ver que no me abría la puerta, deduje que estarían los dos en el suyo, René.

—¿Cómo supo dónde vivíamos? —inquirió Gastón.

—No me fue difícil averiguarlo —respondió la periodista—. También sé que ninguno de ustedes tiene coche. Los vio subir anoche en el de su novia, René.

—¿Mi novia...? —Respingó Gallart.

—Sí, la chica de la fotografía, la que entró en el vestuario. Es muy guapa.

El manager carraspeó.

—Colette no es mi novia, Claudine.

—¿No...?

—Fue una broma de Gastón. Colette es sólo una buena amiga, tanto de Gastón como mía.

—Vaya con el bromista de Gastón... —sonrió la periodista, al tiempo que montaba una pierna sobre la otra.

Como su vestido estaba abierto por delante, buena parte de sus excitantes muslos quedaron al descubierto, y las miradas de René y Gastón se posaron rápidamente allí.

Claudine Chauvelot se dio cuenta de ello en seguida, naturalmente, pero no le concedió demasiada importancia. Al fin y al cabo, enseñaba mucho más cuando se ponía el bikini, y no pasaba nada.

—¿Me permiten que les lleve al gimnasio en mi coche, y así charlo con ustedes por el camino? —sugirió la periodista.

—Es una gran idea —respondió René.

—Lo mismo digo —habló Gastón.

Claudine se fijó en el torso desnudo del manager y en sus pies descalzos.

—Tendrá usted que ponerse algo, ¿no, René?

—Yo me pongo lo que usted quiera, Claudine.

—¡Ligón! —exclamó Gastón, y le arreó un codazo.

Menos mal que se lo dio en el costado izquierdo, porque si se lo da en el derecho, que es donde tenía el golpe...

Claudine Chauvelot rió.

—Vaya a vestirse, René.

—Estaré listo en cinco minutos —prometió el manager, y trotó hacia su habitación.

CAPÍTULO VII

El coche de Claudine Chauvelot, un «Citróen-GS», plateado y reluciente, rodaba ya por las calles de la capital francesa, en dirección al gimnasio en donde Gastón Avril se había venido entrenando para su pelea con Paul Lory, aconsejado por René Gallart.

La periodista, naturalmente, aprovechó aquellos minutos para entrevistar al boxeador y a su manager. En realidad, ése era el motivo principal de que se hubiera brindado a llevar en su coche a René y Gastón al gimnasio de la calle España.

El gimnasio, muy modesto, había sido montado en un viejo almacén y, como allí no querían entrenarse ni las ratas, el propietario tuvo que cerrarlo.

René conocía la existencia de aquel gimnasio y se lo alquiló al propietario para preparar en él a Gastón. Ambos andaban muy escasos de fondos, y no podían permitirse el lujo de entrenarse en un gimnasio de categoría.

Cuando Claudine Chauvelot detuvo su coche frente al gimnasio, en la calle España, no se veía ningún periodista por allí.

—Vaya, parece que nadie nos espera —dijo Gastón, un tanto desilusionado.

—Es temprano, todavía —repuso Claudine—. De todos modos, no creo que mis colegas tarden en aparecer.

—Será mejor que entremos —opinó René, y descendió del «Citróen-GS».

Gastón y Claudine se apearon también.

El boxeador portaba su bolsa de deporte.

René abrió la puerta del gimnasio y penetró en él, seguido de Gastón y Claudine.

De pronto, los tres se quedaron parados.

En el *ring* del gimnasio había dos hombres.

Y no tenían aspecto de periodistas deportivos, sino de matones.

Gastón apretó los puños y preguntó:

—¿Son los tipos que te golpearon, René?

—Sí, los mismos.

—Son hombres de Raymond Barroux, el propietario del gimnasio en donde se entrena Paul Lory —informó Claudine, preocupada.

—Usted quédese aquí, Claudine —indicó René—. Gastón y yo nos ocuparemos de los tipos.

—Con mucho gusto, además —masculló el boxeador, dejando su bolsa de deporte en el suelo.

René y Gastón avanzaron hacia el *ring*.

Apenas habían dado unos pasos, cuando oyeron la puerta del gimnasio.

El manager y su boxeador se volvieron.

Claudine también volvió la cabeza.

La periodista de «France *Sport*» estuvo a punto de dar un grito.

Otros dos individuos se habían colado en el gimnasio, el uno esgrimiendo una gruesa cadena y el otro un bate de béisbol.

Claudine retrocedió hasta que su espalda topó con el cuerpo de René.

Éste preguntó:

—¿Más hombres de ese tal Raymond Barroux?

—Sí —musitó la joven, visiblemente asustada.

René la cogió por los hombros y se los oprimió con suavidad.

—Hágase a un lado, Claudine. Y no tema, Gastón y yo sabremos darles lo suyo a los tipos.

—Son cuatro, René —recordó la periodista—. Y esgrimen objetos contundentes...

—Nuestros puños también son contundentes —aseguró Gastón—. Y se lo vamos a demostrar.

René empujó a Claudine hacia la pared de la izquierda.

Los tipos que estaban en el *ring* ya habían saltado al suelo y avanzaban lentamente hacia el manager y su boxeador, mostrando sus puños diestros, protegidos con nudillos de acero.

Los otros dos matones caminaron también hacia René y Gastón,

moviendo la gruesa cadena y el bate de béisbol.

René y Gastón se colocaron espalda contra espalda, porque los individuos habían formado una especie de círculo en torno a ellos, para poder atacarles a la vez desde cuatro puntos distintos.

Claudine Chauvelot se dijo que debía hacer algo para ayudar a René y Gastón, y no se le ocurrió otra cosa que subirse el vestido hasta casi la cintura y exclamar:

—¡Eh, miren esto!

Los matones volvieron los ojos hacia ella y los clavaron en sus fascinantes piernas. Y también en él diminuto *slip* blanco, de nylon transparente, que permitía vislumbrar el triángulo íntimo de la periodista.

La descarada exhibición de Claudine dejó momentáneamente paralizados a los hombres de Raymond Barroux.

De eso precisamente se trataba.

Lo malo es que también dejó paralizados a René Gallart y Gastón Avril, porque la visión no podía ser más excitante.

Afortunadamente René comprendió que Claudine hacía aquello para distraer a los matones y gritó:

—¡A ellos, Gastón!

El boxeador dejó de parecer una estatua y saltó hacia el tipo que empuñaba el bate de béisbol. Le estrelló el puño en la cara, y el individuo salió despedido, cayendo al suelo varios metros más allá.

René se había lanzado sobre uno de los sujetos que le golpearan la noche pasada, al pie del *ring* del Palacio de los Deportes. Lo pilló distraído, contemplando los encantos de Claudine, y no tuvo la menor dificultad para colocarle el puño en el mentón.

El fulano rodó también por los suelos.

Los otros dos matones, como era de esperar, reaccionaron furiosamente.

El que esgrimía la cadena quiso destrozarle a Gastón la cara con ella, pero el boxeador se agachó con rapidez y la cadena pasó silbando por encima de su cabeza.

Cabeza que, una fracción de segundo después, el púgil hundía en el estómago del tipo con terrible fuerza. El matón lanzó un bramido de dolor y se derrumbó.

Gastón cayó sobre él e intentó arrebatarle la cadena.

Mientras tanto, René había burlado el ataque del otro matón que

llevaba nudillos metálicos acoplados al puño, para acto seguido clavarle la zurda en el hígado.

El tipo se encogió, dando un rugido.

La derecha de René entró en acción, en perfecto gancho, y el fulano no tuvo más remedio que ponerse recto. Entonces, el manager le atizó de nuevo con la izquierda y lo envió al suelo.

Gastón había conseguido arrancarle la cadena al matón que se las estaba viendo con él. El individuo intentó recuperarla, pero el boxeador le arreó un cadenazo en el cuello y le quitó las ganas de todo.

Menos de gritar, claro.

El tipo chillaba como una rata, porque la cadena le había abierto la carne del cuello, haciendo brotar la sangre.

El fulano del bate de béisbol se había incorporado ya, lo mismo que el primer individuo que tumbara René Gallart de un trallazo al mentón.

El manager hizo frente nuevamente al sujeto de los nudillos de acero, pero Gastón Avril no se había percatado de que el matón del bate de béisbol se disponía a atacarle por la espalda.

Claudine Chauvelot vio cómo el matón elevaba el bate, para descargarlo con todas sus fuerzas sobre el lomo del boxeador, y decidió intervenir de nuevo.

Antes, levantarse las faldas dio un magnífico resultado, por lo que la atractiva periodista recurrió nuevamente a la exhibición de sus encantos, si bien en esta ocasión mostró los de su parte posterior.

—¡Eh, tú!, ¿por qué no bateas esto? —exclamó dando la espalda al matón y sacando deliberadamente el trasero.

El tipo del bate se quedó muy quieto, los ojos clavados como dardos en la formidable grupa femenina, que el sucinto *slip* blanco apenas velaba.

Gastón Avril ya se estaba incorporando.

Descubrió al fulano con el bate en alto, y antes de que lo descargara, el boxeador le cruzó el pecho con la cadena.

El sujeto lanzó un aullido y se dobló hacia adelante, soltando el bate de béisbol.

Gastón le arreó otro cadenazo, ahora en la espalda, y el matón se desmoronó, temblando de dolor.

El boxeador se apropió rápidamente del bate y miró a la periodista del «*France Sport*», que seguía con las faldas levantadas y el trasero en pompa.

—¿Puedo batearlo yo, Claudine...?

La joven dio un respingo y cubrió velozmente sus lindas posaderas.

—¡Lo que tiene que hacer es ayudar a René, Gastón! —indicó.

—Tiene razón —sonrió el púgil, y se acercó a su manager.

René Gallart mantenía a raya a los dos matones que protegían sus puños diestros con nudillos de acero.

Gastón Avril le lanzó el bate de béisbol y dijo:

—¡Con eso adelantarás más, René!

—¡Sí, creo que sí! —sonrió el manager, y le arreó con el bate a uno de los matones, en todo el hombro.

El tipo aulló como un coyote pillado en un cepo.

El otro matón atacó a Gastón, pero éste le atizó con la cadena, en el costado izquierdo, y el individuo se quedó parado, bramando de dolor.

Un segundo cadenazo, en todo el lomo, hizo que el fulano se desplomara, preguntándose si tendría el espinazo roto.

René Gallart también repitió con el bate, descargándolo sobre el otro hombro del matón.

El tipo emitió un alarido y cayó al suelo.

Los cuatro hombres de Raymond Barroux estaban así, tirados en el suelo, gimoteando de dolor.

Se levantaron, pero no con intención de reanudar la pelea, sino de largarse todo lo aprisa que pudieran.

René y Gastón no intentaron cortarles el paso.

Incluso los ayudaron a alcanzar la puerta, pero su manera, que no era otra que calentarles las posaderas. El manager, con el bate de béisbol, y su boxeador, a cadenas.

Los matones salieron del gimnasio dando aullidos.

CAPÍTULO VIII

René Gallart y Gastón Avril se estrecharon la mano, riendo.

—¡Seguro que éstos no vuelven, Gastón!

—¡Lo mismo pienso yo! —respondió el boxeador.

Claudine Chauvelot se aproximó a ellos.

—No estén tan seguros, muchachos —dijo—. Raymond Barroux es un hombre muy peligroso, y cuando sus matones le cuenten lo que ha pasado aquí, empezará a pensar en la manera de vengarse.

—No nos asusta Raymond Barroux, Claudine —habló René—. Gastón y yo estamos prevenidos, y no nos dejaremos sorprender por sus matones.

—Si vuelven, les atizaremos de nuevo con la cadena y el bate —añadió Gastón.

La periodista del «*France Sport*» se cruzó de brazos.

—¿Pueden decirme ya por qué dos de los hombres de Raymond Barroux le golpearon anoche a usted, René, en el Palacio de los Deportes?

El manager y su boxeador cambiaron una mirada.

—Díselo, René —indicó Gastón.

—Lo haré si me promete que no lo publicará en su periódico.

—Está bien, se lo prometo —asintió Claudine.

René se lo contó todo.

—Sospechaba que se trataba de eso —sonrió levemente la periodista—. A Raymond Barroux no le gusta perder, y como Paul Lory es uno de sus boxeadores, no quería verlo caer ante Gastón. Por eso envió a dos de sus matones.

—No le sirvió de nada —dijo René—. Gastón y yo no somos de los que se asustan fácilmente.

—Es evidente que no —amplió su sonrisa Claudine—. Plantaron

cara a los hombres de Raymond Barroux, y se deshicieron de ellos con asombrosa facilidad.

—Bueno no debemos olvidar que usted no echó una mano, Claudine —carraspeó el manager—. Distrajo a los tipos, con su par de atrevidas exhibiciones, y nosotros nos aprovechamos de ello.

La periodista se ruborizó ligeramente.

—Por favor, no me lo recuerde. Ahora siento una vergüenza terrible.

Gastón iba a decir algo, pero se interrumpió al ver que la puerta del gimnasio se abría de nuevo.

—¡Vuelven los tipos, René! —exclamó, preparando la cadena.

El manager levantó el bate de béisbol.

—¡Atrás, Claudine! —gritó.

Sin embargo, la periodista no se movió.

Y no lo hizo porque vio que no se trataba de los hombres de Raymond Barroux, sino del comisario Demarsan, acompañado de un par de detectives.

Claudine conocía al comisario, había hablado varias veces con él.

Demarsan y los dos agentes se quedaron parados ante la amenazante actitud de René y Gastón.

El manager y su boxeador también se habían quedado paralizados al comprobar que no eran los matones de Raymond Barroux, pero seguían con el bate y la gruesa cadena en alto.

—¿Son colegas suyos, Claudine? —preguntó René.

—No, no son periodistas. Se trata del comisario Demarsan y dos de sus hombres —informó la joven.

—¡Policías! —exclamó Gastón, respingando nerviosamente y se apresuró a esconder la cadena detrás de su cuerpo.

René se dio mucha prisa también en ocultar el bate de béisbol.

El comisario Demarsan, un hombre de estatura media, hombros separados y facciones severas, que frisaba los cuarenta años de edad, sonrió irónicamente y preguntó:

—¿Tan mal les caen los periodistas deportivos que los reciben con un bate de béisbol y una cadena...?

René tosió embarazosamente.

—Disculpenos, comisario. Pensamos que se trataba de unos tipos que no nos quieren muy bien, y nos disponíamos a defendernos de

ellos.

—¿Qué tienen esos hombres contra ustedes?

—¡Nada, comisario! —respondió al instante Gastón.

—No quieren decírmelo, ¿eh?

—No es eso, comisario —carraspeó René.

—Está bien, no insistiré. ¿Qué tal está, señorita Chauvelot...?

—Bien, comisario —respondió Claudine—. ¿Y usted?

—De salud, no ando mal, pero de trabajo, hasta el gorro. Precisamente he venido a este gimnasio porque anoche se cometió un asesinato.

—¿Aquí...? —Respingó la periodista.

—Oh, no, en el apartamento de la víctima. Una muchacha rubia, muy bonita.

—¿Y qué tenemos nosotros que ver en eso, comisario? —preguntó René.

—Todavía no lo sé, pero espero averiguarlo.

—No le entiendo, comisario.

—Ustedes conocían a la víctima.

—¿Nosotros...? —Respingó Gastón.

—En los periódicos de hoy aparecen fotografiados los tres juntos, a la salida del vestuario del Palacio de los Deportes.

—¡Colette! —exclamó Claudine.

El comisario Demarsan asintió levemente con la cabeza.

—Sí, así se llamaba la chica, Colette Rambal.

Claudine miró a René y Gastón.

Ambos se habían quedado sin habla.

Por fin, René movió los labios y murmuró:

—Colette, asesinada...

—No puedo creerlo... —musitó Gastón.

Claudine Chauvelot, visiblemente impresionada, preguntó:

—¿Cómo murió, comisario?

—La estrangularon con una cuerda de saltar a la comba. Lo sabemos porque el asesino no se la llevó. Dejó la cuerda en el apartamento. Es una pista que nos permite sospechar que el hombre que estranguló a Colette Rambal está relacionado con el mundo del boxeo. Puede tratarse de un boxeador, de un manager... —Los ojos del comisario Demarsan se posaron de nuevo en las caras de René y Gastón.

Éstos se miraron un instante, en silencio.

Después, René preguntó:

—¿Es ésa la única pista que tienen, comisario? ¿Una cuerda de saltar a la comba?

—Por el momento, sí —respondió Demarsan—. Bueno, eso y... No, será mejor que no les diga nada hasta que le sea practicada la autopsia al cadáver y tengamos un informe completo de la misma. Quizá no se confirmen las sospechas del forense.

—¿Qué sospechas son ésas, comisario? —inquirió René.

—Miren, ya les he dicho que...

—Comisario, Colette Rambal era una gran amiga nuestra, Gastón y yo la queríamos mucho. Tenemos derecho a saberlo todo.

Demarsan suspiró.

—Está bien, les informaré. El médico forense, tras examinar el cuerpo de la víctima, aventuró que la muerte se produjo entre la una y las dos de la madrugada. Dijo, además, que la muchacha había sido violada. Y, si su primera impresión se confirma, el ultraje tuvo lugar tras el estrangulamiento, cuando Colette Rambal era ya cadáver. Es decir, que el asesino abusó de ella después de matarla.

Claudine Chauvelot, pálida como una muerta, exclamó:

—¡Pero eso sería horroroso, comisario!

—Sí, desde luego que lo sería —asintió gravemente Demarsan—. Sólo un loco es capaz de hacer el amor con una muerta. Ésa será nuestra segunda pista, si los resultados de la autopsia confirman las sospechas del forense. Sabremos que el asesino, además de saltar a la comba, es un perturbado mental, un peligroso maníaco sexual, un loco criminal, que anda suelto por París. Y que puede matar de nuevo, si no lo descubrimos y lo atrapamos antes de que decida volver a actuar.

—¡Qué espanto, Señor! —gimió la periodista, cubriéndose el rostro con las manos.

René Gallart y Gastón Avril no decían nada.

Parecían dos bloques de granito.

Y era comprensible, porque si el asesinato de Colette Rambal había supuesto para ellos un terrible mazazo, el saber que la muchacha había sido violada, y casi con seguridad después de muerta, supuso otro mazazo, aún más terrible que el primero.

El comisario Demarsan miró a René.

—Antes dijo usted que Colette Rambal era una gran amiga suya y de Gastón, ¿no?

El manager asintió con la cabeza.

—Sí, comisario.

—En algunos de los periódicos, sin embargo, se afirma que Colette era su novia, René.

—No es verdad. Fue una broma de Gastón. Sólo éramos amigos.

—¿Era una amiga íntima?

—¿Quiere saber si...?

—Disculpe, pero es una pregunta necesaria.

René Gallart, tras mirar fugazmente a Claudine Chauvelot, confesó:

—Colette y yo hacíamos el amor de vez en cuando, sí.

—¿Usted también intimaba con ella, Gastón? —interrogó Demarsan.

—¡Oh, no, comisario! —respondió al instante el boxeador—. Yo jamás me acosté con Colette.

—¿Por qué? ¿Porque ella se acostaba con René, o porque usted no lo deseaba?

Gastón se puso muy nervioso.

—Bueno, yo... —balbuceó, al tiempo que miraba a su manager—. La verdad es que Colette me gustaba mucho, pero como yo sabía que ella tenía relaciones íntimas con René, jamás me atreví a proponerle que...

René intervino:

—No sospechará usted de Gastón, ¿verdad, comisario?

—Claro que no —sonrió Demarsan, aunque lo hizo de forma extraña.

—Gastón pasó la noche en mi apartamento —informó el manager—. Colette nos llevó en su coche, y luego se marchó a casa. Yo no me sentía bien, y Gastón se quedó en mi apartamento para cuidar de mí.

—Hubiera sido más lógico que se quedara Colette, ¿no?

René no supo qué replicar a eso, pues no quería hablarle al comisario Demarsan de Raymond Barroux y sus matones.

El comisario, por su parte, no quiso hacer más preguntas, y dijo:

—Bien, tenemos que irnos. Pero volveremos cuando tengamos los resultados de la autopsia. Si desean ponerse en contacto

conmigo, por cualquier motivo, llamen a la comisaría y pregunten por mí o por los detectives Coster y Falcon, aquí presentes. Si yo no estoy en la comisaría, ellos les atenderán. ¿De acuerdo?

René y Gastón asintieron mudamente.

El comisario Demarsan y sus hombres se despidieron del manager, del boxeador, y de Claudine Chauvelot, y abandonaron el gimnasio.

CAPÍTULO IX

René Gallart, Gastón Avril y Claudine Chauvelot se miraron entre sí, pero ninguno de ellos se atrevía a romper el silencio.

Por fin, el boxeador murmuró:

—¿Cómo es posible que el comisario Demarsan sospeche de mí?

—No sospecha de ti, Gastón —repuso René—. Lo dijo bien claro.

—Sí, es verdad que lo dijo —habló Claudine.

Gastón sacudió la cabeza.

—No fue sincero al decirlo, lo adiviné por su forma de sonreír. El comisario piensa que yo estrangulé a Colette, y que luego ultrajé su cadáver. Sospecha que soy ese loco que anda suelto por las calles de París, el maníaco sexual...

René le puso la mano en el hombro.

—No te atormentes con esos pensamientos, Gastón. Si el comisario Demarsan sospecha de ti, peor para él, porque jamás una sospecha careció tanto de fundamento. Yo sé lo mucho que apreciabas a Colette. Además, estabas conmigo cuando la asesinaron. Y nadie puede hallarse en dos lugares distintos a la vez. Es absolutamente imposible.

—Yo estaba en tu apartamento, es cierto. Pero tú no podrías jurar que estaba contigo, porque tú dormiste en tu habitación y yo lo hice en el sofá-cama del *living*. Con la mano sobre la Biblia, no podrías testimoniar que yo no abandoné tu apartamento mientras tú dormías. Nadie puede asegurarlo.

—Gastón, por favor. Yo sé que tú no mataste a Colette, y eso basta. No importa que no pueda jurar que no abandonaste mi apartamento mientras yo dormía en mi habitación. Nadie puede

jurar que sí lo abandonaste, porque no lo hiciste. Y eso es lo que importa.

—René tiene razón, Gastón —intervino la periodista del «*France Sport*».

El boxeador la miró.

—¿Usted no comparte las sospechas del comisario Demarsan, Claudine?

—Por supuesto que no. Sé que es usted inocente, Gastón.

—¿Cómo puede estar tan segura, si apenas me conoce?

—Lo leo en sus ojos. Tienen una mirada noble, franca, sincera. No son los ojos de un asesino. Tampoco los de un loco. Usted es una buena persona, Gastón. No pudo asesinar a Colette. Y, menos aún, violarla después de muerta.

El púgil sonrió, agradecido.

—Gracias, Claudine. ¿Puedo darle un beso?

—Claro.

Gastón besó a la periodista en la mejilla.

—Sus palabras me han levantando el ánimo, créame —dijo, después.

Claudine le sonrió encantadoramente.

—Me alegro, Gastón.

René dejó oír de nuevo su voz:

—Bien, creo que debemos echar una mano al comisario Demarsan, Gastón. Le ayudaremos a descubrir al asesino de Colette. Y lo atraparemos, si es posible.

El boxeador pareció atenazar un cuello invisible con sus fuertes manos.

—Si lo conseguimos, no llegará vivo a la comisaría —masculló—. Lo agarraré por el gaznate y apretaré hasta que su lengua me roce las zapatillas. Lo que hizo con Colette...

—No pienses ahora en eso, Gastón. Lo primero es descubrirlo.

—Sí, tienes razón. ¿Por dónde empezamos, René?

—Por el gimnasio de Raymond Barroux.

Claudine Chauvelot dio un respingo.

—¿El gimnasio de Raymond Barroux...?

—Sí, eso he dicho.

—¡No pueden ir allí, René!

—¿Por qué?

—¡No saldrían vivos, después de lo ocurrido aquí! ¡Raymond Barroux debe de hallarse terriblemente furioso!

—Así nos sentimos nosotros por la muerte de Colette —repuso el manager—. Estaremos igual.

—¿Por qué quiere ir al gimnasio de Raymond Barroux, René?

—Porque sospecho que puede ser el responsable del asesinato de Colette Rambal. No digo que la matara él personalmente, pero pudo haber enviado al tipo que lo hizo.

—No lo creo, René.

—Claudine, Raymond Barroux debió salir muy furioso anoche del Palacio de los Deportes, por la humillante derrota de Paul Lory, y decidió vengarse de nosotros. Durante el combate, debió ver cómo Colette aplaudía y animaba a Gastón, porque ella fue la primera que lo hizo, cuando el silencio en el Palacio de los Deportes era absoluto. También debió ver que Gastón y yo la saludábamos. Sospecho que Raymond Barroux y sus hombres aguardaron nuestra salida del recinto deportivo. Nos vieron subir en el coche de Colette, y nos siguieron. Más tarde, cuando vieron que Gastón y yo subíamos a mi apartamento, y que Colette se marchaba sola, Raymond Barroux decidió descargar su venganza sobre la indefensa Colette, adivinando que eso nos dolería más a Gastón y a mí que una buena paliza. Paliza que, por cierto, sus matones intentaron darnos esta mañana. Una doble venganza, por tanto. La primera le salió bien, y en la segunda fracasó, porque la paliza se la dimos nosotros a sus hombres.

—Es posible que René tenga razón, Claudine —opinó Gastón.

—Pues, si está en lo cierto, aún será más peligroso para ustedes ir al gimnasio de Raymond Barroux —repuso la periodista—. Sugiero que hablen con el comisario Demarsan y...

—Eso sería un error —dijo René.

—¿Por qué?

—El comisario y sus hombres no podrían interrogar a Raymond Barroux de la forma que pensamos interrogarle nosotros. ¿No es cierto, Gastón?

—Sí, muy cierto —asintió el boxeador, agitando la cadena.

El manager descansó el bate de béisbol sobre su hombro izquierdo, como si fuera un fusil.

—En marcha, Gastón, antes de que aparezca algún periodista.

Claudine Chauvelot insistió en que René Gallart y Gastón Avril no debían ir al gimnasio de Raymond Barroux, pero al ver que no servía de nada, se ofreció para llevarlos en su coche.

René y Gastón aceptaron, pero con la condición de que la periodista detuviera su coche en una prudente distancia del gimnasio de Raymond Barroux, para no comprometerla.

Claudine no puso objeciones, así que subieron los tres al «Citroën-GS» y la muchacha lo hizo arrancar.

Minutos después, lo estacionaba a unos veinticinco metros del gimnasio de Raymond Barroux.

René y Gastón descendieron del coche.

Claudine dijo:

—Les espero aquí, René. Y, si pasa el tiempo y veo que no salen, avisaré al comisario Demarsan.

—Necesitamos por lo menos treinta minutos, Claudine —repuso el manager.

—De acuerdo, esperaré media hora. Ni un solo minuto más.

René y Gastón asintieron mudamente y echaron a andar hacia el gimnasio de Raymond Barroux.

CAPÍTULO X

El gimnasio de Raymond Barroux, más que un local de entrenamiento para boxeadores, parecía un hospital.

Marcel Perrin, el manager de Paul Lory, estaba atendiendo los golpes y heridas que habían recibido los matones de Raymond Barroux en el gimnasio de la calle España.

Los cuatro se habían desnudado de cintura para arriba, y no paraban de gimotear. Pero lo hacían muy silenciosamente, para que no les oyera Raymond Barroux, que se hallaba presente.

El dueño del gimnasio mordía con rabia el cigarro que sostenía entre los dientes, porque el fracaso de sus hombres le había sentado peor que un rodillazo en los genitales.

Raymond Barroux, tenía treinta y siete años de edad, medía 1,80 de estatura, y poseía una gran fortaleza física.

Cerca de él, contemplando la cura de los matones, se hallaba Paul Lory, el boxeador derrotado por Gastón Avril. El púgil, con su cara, colaboraba y mucho en dar la sensación de que aquello no era un gimnasio, sino un hospital.

Su rostro, bombardeado la noche pasada por los duros puños de Gastón, ofrecía aquella mañana un aspecto lamentable. Cejas, pómulos, ojos, tabique nasal, labios... Todo lo tenía que daba pena verlo.

Raymond Barroux le había echado una bronca tremenda por no haber sabido vencer a un rival tan falto de técnica como Gastón Avril.

Paul Lory no rechistó, porque sabía cómo las gastaba el dueño del gimnasio, y no quería recibir más golpes. Ya recibió suficientes la noche pasada, en su combate con Gastón Avril, al que Paul Lory maldecía una y otra vez con el pensamiento.

En el gimnasio se hallaban otros dos boxeadores.

Se trataba de un peso mosca y un peso ligero.

Los dos habían interrumpido su entrenamiento, y contemplaba también la cura de los matones.

De pronto, la puerta se abrió y René Gallart y Gastón Avril penetraron en el gimnasio, esgrimiendo el primero el bate de béisbol y el segundo la gruesa cadena.

Todo el mundo se quedó paralizado por la sorpresa.

El más perplejo de todos, era Raymond Barroux.

Incluso le cayó el puro de la boca, al abrírsele ésta sin que él se diera cuenta.

Por su forma de vestir, René y Gastón adivinaron al instante que el tipo que acababa de perder el cigarro era Raymond Barroux, el dueño del magnífico gimnasio.

Avanzaron los dos hacia él, sin prisas.

Raymond Barroux reaccionó y rugió:

—¡A ellos, muchachos! ¡Todos a una! ¡Quiero verlos a los dos hechos pedazos!

Aceptar aquella orden entrañaba un riesgo evidente, teniendo en cuenta que René Gallart y Gastón Avril portaban un bate de béisbol y una cadena, y a la vista estaba que sabían utilizar ambos objetos contundentes.

Los cuatro matones de Raymond Barroux lo sabían mejor que nadie.

Sin embargo, la orden fue acatada.

Negarse a cumplirla, hubiera sido seguramente peor, dadas las malas pulgas que tenía el dueño del gimnasio.

René y Gastón se aprestaron a hacer frente al personal de Raymond Barroux, boxeadores incluidos.

Sí, porque no sólo fueron los matones los que atacaron a René y Gastón, sino también Paul Lory, que vestía ropas de calle, y los pesos ligeros y mosca, éstos luciendo indumentaria de boxeadores.

Incluso Marcel Perrin, con su cara de perro pachón, se lanzó al ataque, porque Raymond Barroux había dicho «todos a una», y el manager se dijo que la orden también iba para él.

Quien no se lanzó al ataque, por el momento, fue Raymond Barroux.

Prefirió ser espectador de la pelea, en vez de tomar parte activa

en ella.

Y es que Raymond Barroux estaba convencido de que su personal iba a dar buena cuenta de René Gallart y Gastón Avril, a pesar del bate de béisbol y de la cadena.

Ocho hombres, eran muchos hombres.

No podrían mantenerlos a raya a todos.

Pronto iba a saberse, porque la lucha acababa de comenzar.

Y comenzó muy bien para René y Gastón.

El manager, que aferraba el bate de béisbol con ambas manos, hizo girar su cuerpo como una peonza, golpeando a varios de los hombres de Raymond Barroux.

El boxeador, por su parte, proyectó la cadena sobre la cara de uno de los matones. El tipo se derrumbó, chillando.

Simultáneamente, Gastón disparó su puño izquierdo, que fue a estrellarse en el rostro del peso ligero.

El boxeador de Raymond Barroux tuvo la sensación de que le coceaba un rinoceronte, y echó a correr hacia atrás, como los cangrejos.

Marcel Perrin intentó meter su cabeza en el estómago de Gastón, pero éste le vio venir y levantó bruscamente la rodilla, incrustándola en su cara de perro pachón.

El tipo aulló y se vino abajo, con el rostro cubierto de sangre.

El boxeador encuadrado en la categoría del peso mosca atacó a Gastón por la espalda, pero la cosa no le dio resultado, porque Gastón le descubrió a tiempo, se revolvió y disparó la pierna.

El peso mosca, alcanzado en pleno estómago, se elevó casi un metro del suelo y voló por los aires espectacularmente, para acabar estrellándose contra el suelo de forma estrepitosa.

Paul Lory no quería saber nada de Gastón Avril, así que atacó a René Gallart, diciéndose que saldría mejor parado.

Pero se equivocó.

René le cascó con el bate de béisbol, en todo lo alto del cráneo, y el púgil se desplomó como una cosa muerta.

Acto seguido, el manager de Gastón le arreó con el bate a uno de los matones de Raymond Barroux, en plena caja torácica.

Las costillas del tipo crujieron sonoramente, mientras se derrumbaba dando un alarido de dolor.

Raymond Barroux empezó a preocuparse.

Y no era para menos, pues René y Gastón no sólo mantenían a raya a sus enemigos, sino que los estaban dejando fuera de combate con una rapidez asombrosa.

El dueño del gimnasio decidió intervenir, aunque no a puñetazos, porque estaba impresionado por la forma en que René y Gastón manejaban el bate de béisbol y la cadena, respectivamente.

Raymond Barroux tenía una idea mejor, y se apresuró a llevarla a la práctica. Echó a correr hacia su despacho.

En el cajón superior de la mesa, guardaba un revólver calibre 38.

Con él pondría fin a la pelea.

Amenazaría a René y Gastón con disparar sobre ellos si no arrojaban el bate y la cadena, y no tendrían más remedio que obedecerle.

Y después...

Los ojos de Raymond Barroux brillaron sólo de pensar lo que él y sus hombres harían con René y Gastón, cuando los tuvieron en sus manos.

Iban a sufrir tanto que le suplicarían que los matase, porque la muerte sería cien veces mejor que aquel terrible tormento.

Raymond Barroux alcanzó su despacho, entró corriendo en él, pasó al otro lado de su mesa, abrió el cajón y cogió la pistola.

Justo en ese momento, apareció René Gallart, que había corrido en pos del dueño del gimnasio, sospechando que éste iba en busca de un arma.

—¡Suelte eso, Raymond! —ordenó.

Raymond Barroux no sólo soltó el revólver, sino que trató de apuntar con él al manager de Gastón Avril.

René, sin dudarle un segundo, le arrojó el bate de béisbol a la cara.

A Raymond no le dio tiempo a esquivarlo, y el bate golpeó su rostro con terrible dureza.

El dueño del gimnasio lanzó un aullido y se derrumbó tras su mesa, perdiendo el arma.

René corrió hacia la mesa, saltó por encima de ella, y cayó sobre Raymond Barroux, quien con el rostro cubierto de sangre, intentaba recuperar su revólver.

Los dos hombres lucharon, llevando el dueño del gimnasio la

peor parte en el intercambio de golpes.

René lo dejó medio aturdido a puñetazos, y luego se apoderó del revólver. También recuperó el bate de béisbol.

Antes de comenzar a interrogar a Raymond Barroux, René se asomó a la puerta del despacho, para ver si Gastón necesitaba ayuda.

Afortunadamente, no era así.

Toda la gente de Raymond Barroux yacía tirada en el suelo, con la sola excepción de Marcel Perrin, quien había atrapado una banqueta y ya atacaba con ella a Gastón, dispuesto a cobrarse el rodillazo que éste le propinara en la cara.

Gastón esperó a que el manager de Paul Lory enarbolase la banqueta, y entonces le zurró con la cadena en toda la barriga.

Marcel Perrin bramó, dejó caer la banqueta, y se dobló hacia adelante exageradamente, agarrándose las tripas.

Gastón levantó el puño izquierdo y lo descargó con fuerza sobre la nuca del manager, quien se desplomó como una res apuntillada.

René sonrió.

—¡Bravo, Gastón!

El boxeador lo miró.

—¿Tienes a Raymond Barroux, René?

—Sí, está listo para ser interrogado.

—¡Magnífico! —exclamó el boxeador, trotando hacia el despacho de Raymond Barroux—. ¡Lo vamos a hacer cantar de plano!

René y Gastón entraron en el despacho y rodearon la mesa.

El dueño del gimnasio seguía tendido en el suelo, sin fuerzas para levantarse.

El propio Gastón se encargó de levantarlo y dejarlo sentado en su sillón. Lo agarró del pelo, para ayudarlo a mantener la cabeza erguida, y rezongó:

—Puedes empezar a interrogarle, René.

Éste miró fija y duramente a Raymond Barroux.

—¿Quién estranguló a Colette Rambal, y la violó después de muerta?

El dueño del gimnasio movió los labios con dificultad, porque ambos los tenía partidos, y musitó:

—Yo...

CAPÍTULO XI

Gastón Avril aferró el gaznate de Raymond Barroux con su otra mano y rugió:

—¡Fue él, René...! ¡Fue este hijo de perra...! ¡El asesinó a Colette y luego le ultrajó su cadáver!

El dueño del gimnasio se vio obligado a sacar la lengua, a causa de una fuerte presión que le mano del boxeador ejercía sobre su cuello.

—¡Detente, Gastón! —exclamó René Gallart, agarrando el musculoso brazo del púgil.

—¡Voy a estrangularlo! ¡Juré que lo haría si le ponía las manos encima! ¡Este canalla no merece vivir!

—¡No puedes matarlo, Gastón! ¡Lo necesitamos vivo para que confiese su crimen a la policía!

—¡Ya nos lo confesó a nosotros!

—¡Eso no basta, Gastón! ¡Vamos, suéltalo o te atizo con el bate! —amenazó René.

El boxeador, tras unos breves segundos de indecisión, soltó bruscamente el gaznate de Raymond Barroux.

—¡Rata asquerosa! —barbotó.

El dueño del gimnasio empezó a boquear como un pez fuera del agua, metiendo y sacando aire de sus pulmones. Un poco más, y Gastón lo estrangula. Se había salvado por un pelo.

René Gallart esperó a que Raymond Barroux normalizara su respiración, y entonces preguntó:

—¿Por qué lo hizo, miserable?

—¡Yo no hice nada! —gritó Raymond, que todavía se agarraba el cuello con sus manos.

—Ha confesado que estranguló a Colette Rambal, y que después

violó su cadáver.

—¡No es cierto! ¡Iba a decir que yo no sabía nada, pero Gastón me agarró del cuello en cuanto pronuncié la primera palabra y ya no puede seguir hablando!

—¡Mientes, víbora! —rugió el boxeador—. ¡Tú asesinaste a Colette!

—¡No lo juro! ¡Ni siquiera sé de qué me hablan! ¡Yo no conozco a ninguna Colette!

Gastón la agarró nuevamente del cuello.

—¡Confiesa de una vez, canalla, o haré que tu lengua toque el suelo!

René tuvo que intervenir de nuevo.

—¡Déjalo, Gastón! ¡Si lo matas, nunca sabremos la verdad!

El púgil, obligado por su manager, soltó el gagnate del dueño del gimnasio.

—¡Están locos! —resolló Raymond Barroux—. ¡Yo no he estrangulado a nadie! ¡Y tampoco he violado ningún cadáver! ¡A mí me gustan las mujeres vivas, no muertas! ¡Pero tampoco las violó! ¡Tengo todas las que quiero, no necesito forzar a ninguna!

René empezó a creer que Raymond Barroux decía la verdad.

—Está bien, usted no asesinó a Colette Rambal. Pero sí sabe quién lo hizo, porque lo envió usted, Raymond.

—¡No es verdad! —negó Barroux.

—Usted quería vengarse de nosotros por no haber hecho caso a sus matones.

—¡Eso lo admito! ¡Envié a mis hombres al gimnasio de la calle España, para que les diera una paliza! ¡Eso hubiera sido mi venganza, pero mis hombres fallaron y la paliza la recibieron ellos! ¡No me pueden hacer responsables de otra cosa!

René Gallart guardó silencio.

Gastón apretó los puños y masculló:

—Déjamelos a mí René. Yo le haré cantar a puñetazos.

—No, Gastón. El comisario Demarsan se encargará de él.

El dueño del gimnasio respingó.

—¿Comisario Demarsan...?

—Vamos a entregarle a la policía, Raymond —dijo René.

—¡No pueden acusarme de nada! ¡No tiene pruebas contra mí!

—No podemos acusarle del asesinato de Colette Rambal, pero sí

de haber enviado a sus matones al gimnasio de la calle España, para que nos dieran una paliza. Hubo un testigo de ello.

—Sí, sé que había una chica con ustedes —rezongó Raymond—. La comentarista del boxeo del «France Sport». Claudine Chauvelot, creo que se llama. Mis hombres la reconocieron.

René y Gastón cambiaron una mirada.

Raymond Barroux añadió:

—El testimonio de esa periodista no servirá de mucho, suponiendo que se atreva a prestarlo, lo cual aún está por ver. Y, si lo hace, lo único que puede decir es que mis hombres provocaron una pelea en el gimnasio de la calle España. Ustedes dos, por su parte, provocaron otra pelea en mi gimnasio, así que estamos en paz. La policía no podrá retenernos. A menos que lo retengan a ustedes también, claro. Como verán, no nos conviene a ninguno de los dos bandos que la policía intervenga.

Gastón alzó el puño.

—¡Deja que le sacuda, René!

—No, Gastón. Raymond tiene razón. Será mejor que nos vayamos. Pero antes le haré una advertencia. Si es usted responsable de nuestra amiga Colette y de la posterior violación de su cadáver, ya puede buscar un buen lugar donde esconderse, porque Gastón y yo averiguaremos quien lo hizo y no pararemos hasta encontrarle.

—¡De eso soy inocente, lo juro! —exclamó el dueño del gimnasio.

—Más le valdrá. Vámonos, Gastón.

El manager y su boxeador abandonaron el despacho de Raymond Barroux, llevándose el bate de béisbol, la cadena, y el revólver calibre 38 del propietario del gimnasio.

* * *

Claudine Chauvelot exhaló un gran suspiro de alivio cuando vio salir a René Gallart y Gastón Avril del gimnasio de Raymond Barroux.

El manager y el boxeador alcanzaron el «Citroën-GS» de la periodista y se introdujeron en él.

—¿Están los dos bien...? —preguntó Claudine.

—Perfectamente —respondió René con una leve sonrisa.

—Los que están mal, son los hombres de Raymond Barroux, incluido él —agregó Gastón—. Les hemos dado una soberana paliza.

—¿Qué han averiguado, René? —inquirió la periodista.

—Raymond Barroux negó rotundamente algo que ver en la muerte de Colette Rambal, y a mí me pareció sincero. Creo que me equivoqué al sospechar de él.

—Yo no estoy tan seguro —rezongó Gastón—. Este tipo es un mal bicho, se le nota en la cara.

—Estoy de acuerdo con usted, Gastón —dijo Claudine—. Sin embargo, sigo pensando que René se equivocó al creerlo responsable del asesinato de Colette. Raymond Barroux quería vengarse de ustedes dos, no de Colette. Ella no le había hecho nada. Hubiera sido absurdo que, sólo porque era amiga de ustedes...

—Sí, ahora me doy cuenta —repuso René—. Si sospeché de Raymond Barroux fue por lo de la cuerda de saltar a la comba. El tiene un gimnasio, tiene boxeadores, un manager que los entrena...

—¿Sabe lo que pienso, René?

—No, dígamelo.

—Pues, que tal vez se trate de algún boxeador retirado de esos que están medio sonados. O sonados del todo, que también los hay. El púgil en cuestión acudió anoche al Palacio de los Deportes, a presenciar los combates. Vio a Colette, le gustó, y decidió seguirla cuando abandonar el recinto deportivo. De un boxeador sonado, puede esperarse cualquier cosa. Su cerebro, dañado por los golpes, no razona normalmente. Un boxeador sonado, puede ser tan peligroso como un loco. Y no hay duda de que quien asesinó a Colette, lo está. Loco perdido, además. Sólo si se explica que fuera capaz de violar a una muerta.

René Gallart asintió con la cabeza.

—Su hipótesis es muy interesante, Claudine.

—Opino lo mismo —manifestó Gastón Avril.

—Sugiero que comiencen a interrogar a todos los boxeadores sonados, o medio sonados, que hay en París —dijo la periodista—. Y, con un poco de suerte...

—Lo haremos, Claudine —respondió René—. Pero, antes, tenemos que ir al despacho de Gilbert Verraud. Nos dijo que fuéramos por la mañana, para ultimar los detalles de la próxima

pelea de Gastón. Y, de paso, nos entregará los diez mil francos de la bolsa de anoche.

—Una suma muy importante —sonrió Claudine.

—Sí, lo es. Gastón y yo nos sentíamos muy felices anoche. Esta mañana, sin embargo... la muerte de Colette y aún más la forma en que murió, nos ha quitado toda la ilusión.

Claudine Chauvelot borró la sonrisa de sus labios.

—Sé cómo se sienten, pero deben hacer un esfuerzo y sobreponerse. La vida sigue, y...

—No para Colette —dijo Gastón, gravemente—. Para ella, todo acabó anoche. Y no pudo acabar de una manera más terrible y espantosa. Si con los diez mil francos que ganamos anoche pudiéramos devolverle la vida, renunciaríamos a ello al instante. ¿No es cierto, René?

—Sí, Gastón. Y eso que nos hace más falta que a nadie. Pero renunciaríamos a ellos sin dudarlos.

Claudine Chauvelot no pudo evitar que se le humedecieran los ojos.

—Sois dos tipos estupendos —dijo con voz emocionada—. No os importa que os tutee, ¿verdad?

—Claro que no —respondió René—. Para nosotros, más que una periodista eres una buena amiga.

—Sí, una amiga que no dudó en levantarse las faldas para distraer a los matones de Raymond Barroux y permitirnos tomar la iniciativa en la pelea —recordó Gastón, sonriendo.

Claudine enrojeció.

—Fue lo único que se me ocurrió para ayudarlos. Y tampoco fue nada del otro mundo.

—Si en el otro mundo hubiera esas cosas que tú enseñaste, no sería tan triste morir —bromeó René.

—¡Sinvergüenza! —exclamó la periodista, y se echó a reír.

René y Gastón rieron también.

Segundos después, Claudine ponía en movimiento su «Citróen-GS» y lo dirigía hacia el despacho de Gilbert Verraud, el organizador de veladas pugilísticas.

CAPÍTULO XII

Claudine Chauvelot dejó a René y Gastón Avril frente al edificio en donde Gilbert Verraud tenía montado su despacho, y luego se dirigió a la redacción del «France Sport».

René y Gastón esperaron en la acera hasta que vieron desaparecer el «Citróen-GS» de la periodista.

—Encantadora, ¿verdad, Gastón?

—Sí, mucho —asintió el boxeador.

—Tendremos que invitarla a cenar una noche.

—¿Los dos a la vez?

—¿Por qué no?

—Mejor que la invites tú una noche, y yo a la siguiente.

René lo miró.

—¿En qué estás pensando, bribón?

—En lo mismo que tú, supongo.

—Quieres llevarte a la cama a Claudine, ¿eh?

—Lo intentaré, al menos.

—Yo también lo intentaré.

—Lo sabía.

Los dos amigos rieron y entraron en el edificio.

Poco después, llamaban al despacho de Gilbert Verraud.

Esperaban que les abriera su secretaria, pero lo hizo él en persona.

—Pasen, muchachos —invitó, con una sonrisa—. Les estaba esperando.

René y Gastón entraron en el despacho.

—¿No está su secretaria, señor Verraud?

—No, los sábados no trabaja.

—Es una joven muy bonita —dijo René.

—Sí, sí que lo es —asintió Gilbert—. Vengan, por favor.

René y Gastón siguieron al promotor de boxeo hasta el fondo del despacho y tomaron asiento los tres.

—¿Qué tal su hígado, René? —preguntó Gilbert.

—¿Cómo?

—Anoche le dolía mucho, ¿no?

René recordó de pronto que ésa era la excusa que le había dado a Gilbert Verraud, así que carraspeó y respondió:

—Oh, sí, terriblemente. Pero se me pasó el dolor en cuanto me acosté, y esta mañana ni me acuerdo de que tengo hígado.

Gilbert Verraud rió.

—Lo celebro de veras. De todos modos, no debe confiarse. Si se cuida constantemente, no le volverán los dolores. Recuerde mi consejo de anoche. Nada de alcohol, nada de tabaco, nada de chicas... Y lo mismo le digo a usted, Gastón.

—A mi hígado no le pasa nada, lo tengo la mar de sano —hizo saber el púgil, oprimiéndoselo.

Gilbert Verraud rió de nuevo.

—Lo sé, Gastón. Pero es usted boxeador, y debe cuidar al máximo su forma física. Ha llegado un poco tarde a los cuadriláteros, pero si se cuida debidamente, aún tiene varios años por delante. Yo me preocuparé de proporcionarle combates, fama y dinero. Pero tiene usted que dedicarse de lleno a su profesión, sacrificarse día tras día, tanto en el gimnasio como fuera de él. También usted tendrá que sacrificarse René. Debe dedicarse por entero a la preparación de Gastón si quiere hacer de él un campeón.

El manager sonrió.

—Nos sacrificaremos los dos, no se preocupe.

Gilbert Verraud carraspeó ligeramente.

—En los periódicos de hoy aparece fotografiada con ustedes la chica que vi en el vestuario, y se asegura que es su novia, René. ¿No me dijo usted que era una amiga suya y de Gastón...?

René y Gastón ensombrecieron el semblante.

El primero aclaró:

—Colette no era mi novia, fue una broma de Gastón a los periodistas. De todos modos, poco importa ya, porque Colette ha muerto, señor Verraud.

El promotor de boxeo respingó en su sillón.

—¿Muerto...? —Sí, la asesinaron anoche, en su apartamento. La estrangularon con una cuerda de saltar a la comba, y luego... Bueno, lo que ocurrió después no se lo voy a contar, es demasiado desagradable.

—¿Tiene idea de quién pudo...?

—No, la policía no tiene más pista que la cuerda de saltar a la comba.

—Eso es lo único que sabemos, que el asesino salta a la comba —rezongó Gastón.

—¿Conocía Colette a algún otro boxeador? —preguntó Gilbert.

—No, sólo a Gastón —respondió René.

—Y yo no la maté —dijo el boxeador, antes de que el organizador de veladas boxísticas sospechara de él.

—Por supuesto que no —sonrió nerviosamente Gilbert—. En fin, lamento profundamente lo ocurrido. La muerte de un amigo siempre es un duro golpe. Y sí ha muerto asesinado, el golpe es más terrible aún. Lo siento de veras, créanme.

—Gracias, señor Verraud —dijo René.

A continuación, pasaron a hablar de la próxima pelea de Gastón, la cual tendría lugar dentro de dos semanas, en la noche del viernes y en el mismo escenario, el Palacio de los Deportes, con otros diez mil francos en juego.

Gilbert Verraud añadió:

—Si Gastón gana el combate, y lo hace tan espectacularmente como anoche, en la siguiente pelea la bolsa será de quince mil francos.

—Ésa es una buena noticia, señor Verraud —sonrió René.

—¡Ya lo creo que lo es! —exclamó Gastón.

El promotor de boxeo rió y extrajo un sobre del cajón de su mesa.

—Aquí tienen los diez mil francos de anoche.

Gastón fue a coger el sobre, pero René se le anticipó, diciendo:

—El cajero soy yo, Gastón.

—Vaya —rezongó el boxeador.

René se puso en pie y Gastón le imitó.

Gilbert Verraud también se levantó.

Los acompañó hasta la puerta, se despidieron allí y René y Gastón abandonaron el despacho.

En la calle España, frente al gimnasio alquilado por René Gallart y Gastón Avril, varios periodistas deportivos aguardaban la llegada del boxeador y de su manager.

René y Gastón llegaron en un taxi.

Ninguno de los dos tenía demasiadas ganas de conceder entrevistas, dadas las circunstancias, pero no podían dar plantón a los chicos de la Prensa, así que se sometieron resignadamente a sus preguntas.

Cuando acabaron las entrevistas, era ya hora de almorzar.

René y Gastón acudieron a un buen restaurante, y desde allí mismo, mientras aguardaban a que les sirvieran el almuerzo, el manager telefoneó a la comisaría.

El comisario Demarsan se encontraba allí, y habló con René.

—Acaban de traerme los resultados de la autopsia.

—¿Y bien...?

—Las sospechas del forense se han confirmado. Colette Rambal fue ultrajada siendo ya cadáver.

Los músculos faciales de René Gallart se endurecieron.

Con voz ronca, preguntó:

—¿Alguna noticia más, comisario?

—No, ninguna. Los detectives Coster y Falcon andan por ahí, investigando, pero todavía no han averiguado nada. Les dije que recorran todos los gimnasios, que interroguen a los boxeadores, a sus preparadores, a los dueños de los gimnasios... A todas aquellas personas, en definitiva, que estén relacionadas con el mundo del boxeo. Por cierto, ¿sabe que un par de tipos estuvieron en el gimnasio de Raymond Barroux y la emprendieron a golpes con todos los que se encontraban allí?

—No, no lo sabía —respondió René.

—Parece ser que portaban un bate de béisbol y una cadena.

—Pura coincidencia, comisario.

—Sus razones tendrían ese par de sujetos para hacer lo que hicieron, ¿no cree, René?

—Estoy seguro de ello.

—Yo también. Y lo prueba el hecho de que Raymond Barroux no haya querido presentar denuncia alguna. ¿Ustedes tampoco desean

presentar ninguna denuncia, René?

—No, comisario.

—Usted y Gastón son de los que prefieren tomarse la justicia por su mano, ¿eh?

—Bueno, eso depende de las circunstancias, comisario.

—Ya.

—Adiós, comisario.

—Nos veremos pronto, René.

El manager colgó el auricular y se reunió con su boxeador, al que refirió su conversación con el comisario Demarsan.

—De modo que el forense estaba en lo cierto, ¿eh? —masculló Gastón.

—Así es —asintió René.

—Ojalá descubramos pronto a ese loco asesino.

—Yo había pensado recorrer todos los gimnasios de París, pero como eso ya lo están haciendo los detectives Coster y Falcon, considero que sería perder el tiempo.

—¿Qué hacemos, pues?

—No sé... La hipótesis del boxeador sonado, o medio sonado, es buena, pero yo creo que el asesino debía tener alguna razón para matar a Colette. En lo más profundo de mí, sigo pensando que Colette fue asesinada porque era amiga nuestra. Y pienso eso porque me resisto a creer que el asesino la eligiera por casualidad, al azar, entre tantas y tantas personas como había anoche en el Palacio de los Deportes. Además es el primer crimen que se comete así, estrangulando a la víctima con una cuerda de saltar a la comba, y violándola después de muerta. Si el asesino es un boxeador sonado, que mata sólo porque su cerebro está dañado por los golpes y no funciona bien, lo lógico sería que hubiese cometido otros asesinatos parecidos. Y no es así. El comisario Demarsan nos lo hubiera dicho. Colette fue la primera víctima del asesino, loco o cuerdo. Y lo fue por algún motivo, Gastón.

—Tal vez tengas razón, René.

Justo en aquel momento, les sirvieron el almuerzo y los dos amigos empezaron a comer, callados y pensativos.

CAPÍTULO XIII

Alrededor de las siete y media de la tarde, Claudine Chauvelot pulsó el timbre del apartamento de René Gallart, pero fue Gastón Avril quien abrió la puerta.

René se hallaba un poco más allá, empuñando el revólver calibre 38 de Raymond Barroux. Al ver que se trataba de la periodista, se guardó el arma y sonrió.

—Adelante, Claudine.

La muchacha entró en el apartamento, cuya puerta cerró Gastón.

—¿Qué tal estáis, muchachos? —preguntó Claudine, a modo de saludo.

—Ahora que te tenemos con nosotros, nos sentimos menos deprimidos —respondió René.

—Me alegro. ¿Alguna novedad, con respecto a...?

René le contó su conversación telefónica con el comisario Demarsan, y luego le explicó por qué Gastón y él no se habían pasado la tarde recorriendo los gimnasios de París, en busca de boxeadores sonados.

—¿Vuelves a sospechar de Raymond Barroux, René?

—Me temo que sí, Claudine.

—Te equivocarás de nuevo.

—Es posible.

—Bien, yo tengo apetito. ¿Por qué no cenamos juntos? —sugirió la periodista.

—Me gusta la idea. ¿Y a ti, Gastón...?

—No soy partidario de los triángulos, así que lleva tú a cenar a Claudine. Yo la llevaré otro día.

—Está bien, como prefieras.

Claudine pareció que iba a insistir en que Gastón les

acompañara, pero no llegó a hacerlo.

Minutos después, René y Claudine cenaban en un restaurante. Cuando salieron de allí, el manager de Gastón sugirió:

—¿Me invitas a tomar una copa en tu apartamento, Claudine?

—Con mucho gusto.

—Gracias —sonrió René, y le dio un beso en los labios corto y suave.

La periodista se quedó mirándolo, pero no dijo nada.

—¿Qué pasa, esperabas otra clase de beso? —preguntó René.

—No, la verdad es que no esperaba ninguno.

—Pues pienso darte más. Y mejores que éste de ahora.

—Suponiendo que yo te deje.

—Confío en ello.

Sonrieron los dos y se metieron en el «Citróen-GS».

Un rato después, charlaban en el *living* del apartamento de Claudine, sentados en el sofá, con sendas copas en las manos. De pronto, René preguntó:

—¿Puedo darte otro beso, Claudine?

—A la salida del restaurante me besaste sin pedirme permiso.

¿Por qué me lo pides ahora?

—Porque va a ser un beso mucho más serio.

—No me asustes, René —rogó la periodista, en broma.

—Te gustará, ya verás —aseguró el manager, y la besó largamente, con pasión.

Claudine colaboró en la caricia, demostrando con ello que la complacía que René la besara así, apretadamente y con ardor.

Cuando separaron sus labios, René la miró a los ojos.

—Quisiera pasar la noche aquí, Claudine.

—¿No te parece que vas demasiado de prisa, René?

—Tal vez, pero es que las circunstancias me obligan.

—No te entiendo.

—Temo por tu vida, Claudine.

—¿Por mi vida...? —Respingó la periodista.

—Raymond Barroux sabe que estabas en nuestro gimnasio, cuando sus matones nos atacaron. Ellos te reconocieron, y se lo dijeron. Si Raymond Barroux es el responsable de la muerte de Colette, lo más probable es que quiera eliminarte a ti también.

—Yo sé que no lo es, René. Raymond Barroux no planeó la

muerte de Colette.

—Puede que no, pero yo no podría dormir tranquilo sabiendo que tú estás sola en tu apartamento. Ahora eres nuestra amiga, y Colette murió por eso, por ser nuestra amiga. Cada vez estoy más convencido de ello.

—Estás equivocado, René. Yo no corro ningún peligro, puedes marcharte absolutamente tranquilo.

—Prefiero quedarme.

—Claro, para acostarte conmigo.

El manager alzó su mano izquierda y le acarició el rojizo cabello.

—¿No quieres hacer el amor conmigo, Claudine?

—Sí, creo que me gustaría. Pero no esta noche, René. La muerte de Colette está demasiado reciente. Tú la tendrías en tu pensamiento, y yo también. Dejemos transcurrir unos días. Después, si todavía lo deseas, pasaremos toda una noche juntos.

René Gallart acarició el rostro de la periodista.

—Me gustas mucho, Claudine. Creo, incluso, que me estoy enamorando de ti.

—Tú a mí también me gustas, René —confesó la muchacha, y ahora fue ella la que buscó los labios del manager de Gastón Avril.

* * *

René Gallart había abandonado ya el apartamento de la periodista.

Claudine Chauvelot se ofreció para llevarlo en su coche, pero el manager dijo que prefería caminar. No era cierto, sino una excusa para que la periodista no regresase luego sola a su apartamento.

René seguía temiendo por la vida de Claudine.

La joven decidió irse a la cama, pero antes se daría una ducha.

Casi todas las noches lo hacía, porque la ducha relajaba su cuerpo y la ayudaba a conciliar el sueño.

Claudine se introdujo en su dormitorio, bajándose ya la cremallera del vestido. Se desvistió completamente y se metió en el cuarto de baño, que comunicaba con el dormitorio. Por eso no se molestó en ponerse la bata.

La periodista se colocó debajo de la ducha y accionó la llave del

agua, que cayó inmediatamente sobre su cuerpo desnudo, cálido y perfecto.

Mientras Claudine Chauvelot se duchaba una llave maestra se introducía silenciosamente en la cerradura de la puerta del apartamento y comenzaba a hurgar en ella, procurando no causar ruido.

Aunque lo hubiese causado, la periodista no se habría enterado, pues el rumor del agua que caía de la ducha le impedía oír nada.

La llave maestra logró su objetivo y la puerta se abrió.

El asesino de Colette Rambal se coló cautelosamente en el apartamento de Claudine Chauvelot, su próxima víctima.

Con las manos enguantadas, y una cuerda de saltar a la comba en ellas, el tipo avanzó sigilosamente hacia el dormitorio de la periodista. El ruido de la ducha llegaba claramente hasta sus oídos, revelándole dónde se encontraba Claudine Chauvelot y lo que estaba haciendo.

El asesino entró en el dormitorio y se acercó a la puerta que comunicaba con el baño, la cual se hallaba entornada. El individuo se asomó con cautela por el hueco y contempló la maravillosa desnudez de la periodista, que justo en aquel momento le daba la espalda.

Claudine estaba en la posición ideal para caer sobre ella y cercarle el cuello con la cuerda de saltar a la comba, por lo que el asesino decidió actuar con rapidez.

Penetró en el cuarto de baño, se aproximó a la periodista, y le enroscó la cuerda alrededor del cuello.

Claudine abrió la boca y dilató los ojos, aterrorizada.

Intentó gritar, pero no le salió la voz, debido a la brutal presión que la cuerda ejercía sobre su mojada garganta. También intentó arrancar la cuerda que la estaba estrangulando pero no lo consiguió.

Claudine, consciente de que sólo le quedaba un minuto o poco más de vida si no lograba arrancarse la cuerda del cuello, se dejó caer repentinamente al suelo.

El asesino cayó también, de rodillas, pero no soltó la cuerda.

Claudine, que no podía ver la cara del asesino, porque éste se hallaba tras ella, se debatió y pataleó furiosamente, con desesperación, pero tampoco le sirvió de nada.

Iba a morir, estrangulada con una cuerda de saltar a la comba, como Colette Rambal. Y, tal vez después, el asesino ultrajara su cuerpo, todavía caliente, pero sin vida.

De pronto, cuando ya Claudine Chauvelot parecía resignada a su suerte, porque las fuerzas la habían abandonado totalmente, se escuchó un estruendo.

Era la puerta del apartamento, que acababa de saltar.

René Gallart había cargado contra ella y ya irrumpía en el apartamento como un ciclón. No se había marchado a casa, sólo simuló que lo hacía. La verdad es que se había ocultado en una bocacalle próxima, vigilando el portal del edificio en donde vivía Claudine Chauvelot.

Por eso vio entrar en él a Gilbert Verraud.

René quedó desconcertado, pues jamás hubiera sospechado que el asesino de Colette Rambal era el promotor de boxeo. En cuanto consiguió salir de su sorpresa, el manager abandonó su escondite y corrió en pos del asesino, pero no consiguió alcanzarle antes de que se colara en el apartamento de Claudine.

Por eso se había visto obligado a derribar la puerta.

—¡Claudine...! —gritó, mientras corría hacia el dormitorio de la periodista.

Gilbert Verraud se había quedado paralizado al escuchar el estruendo de la puerta. Y, antes de que acertara a reaccionar, René Gallart irrumpió en el cuarto de baño, esgrimiendo el revólver de Raymond Barroux.

—¡Canalla! —rugió René, al descubrir que el promotor de boxeo estaba estrangulando a Claudine, y saltó sobre él.

Gilbert Verraud intentó hacerle frente, pero René le dio un golpe en la cabeza, con el arma, y Gilbert se desplomó sin sentido.

René se ocupó inmediatamente de la periodista, que se movía débilmente en el suelo, boqueando, sollozando, gimiendo, todo ello a la vez.

Lo primero que hizo el manager, fue atrapar la toalla que descansaba en el toallero y cubrir con ella la total desnudez de la muchacha.

—¡Claudine, cariño!

Ella le miró.

Quiso decir algo, pero no consiguió articular palabra.

René la abrazó.

—No hables, no digas nada. Después me lo contarás todo, cuando te hayas tranquilizado. Lo importante es que estás viva, y que tenemos al asesino de Colette.

EPÍLOGO

Cuando Gilbert Verraud volvió en sí, se encontró esposado y rodeado de gente. Además de René Gallart y Claudine Chauvelot — la periodista ya se había recuperado del mal rato pasado, y se cubría con una bata—, estaban el comisario Demarsan, los detectives Coster y Falcon, y Gastón Avril.

El promotor de boxeo, que había sido depositado en el sofá del *living*, los miró a todos con temor, más asustado que un conejo acosado por una gigantesca rata.

El comisario Demarsan comenzó el interrogatorio:

—¿Por qué asesinó a Colette Rambal?

Gilbert Verraud, todo tembloroso, confesó:

—Porque era amiga de René y Gastón. Una amiga joven y hermosa, con la que seguramente hacían el amor los dos. Tenía que eliminarla, para que 110 perdiesen el tiempo con ella. Yo pensaba ganar mucho dinero con Gastón, porque su pelea con Paul Lory entusiasmó al público. En un solo combate, se lo metió en el bolsillo. Y cuando los aficionados se entusiasman de esa manera tan extraordinaria con un boxeador, no se pierden ninguna de sus peleas. Gastón habría llenado hasta los topes el Palacio de los Deportes, o cualquier otro recinto deportivo, cada vez que pelease. Pero, para ello, tenía que seguir entusiasmando al público en todos sus combates, y necesitaba entrenarse mucho, pasarse los días enteros en el gimnasio, y las noches descansando, no divirtiéndose con mujeres estupendas. Y René tenía que estar continuamente a su lado, aconsejándole de día y vigilándole por la noche. Los dos tenían que dedicarse de lleno a su profesión. Sí, por eso seguía a Colette anoche, y la maté... Y por la misma razón intenté asesinar a Claudine Chauvelot. Desde la ventana de mi despacho, vi que ella

traía en su coche a René y Gastón, y decidí vigilarla.

El promotor de boxeo se tomó un respiro y continuó:

—La vi dirigirse al apartamento de René, y salir con él, poco después. Fueron a cenar a un restaurante, se dieron un beso al salir de él, y vinieron aquí. Yo aguardé a que René se marchara. Entonces, subí y... Bueno, el resto ya lo saben.

—¿Pensaba ultrajar el cadáver de Claudine como ultrajó el de Colette, miserable? —preguntó René Gallart.

Gilbert Verraud se arrugó en el sofá.

—No era ésa mi intención, lo juro. No quería violar a Colette, pero ella se había estado paseando completamente desnuda por su apartamento, y después de estrangularla me vi dominado por el deseo de poseer su hermoso cuerpo todavía caliente, y...

—¡Cerdo inmundito! —rugió Gastón, y se echó sobre él como una fiera.

Los detectives Coster y Falcon tuvieron que sujetarlo, para que no matara a golpes al promotor de boxeo.

Poco después, el comisario Demarsan y sus hombres se marchaban, llevándose a Gilbert Verraud, el asesino de Colette Rambal, un hombre tan relacionado como el que más con el mundo del boxeo, y que precisamente por eso eligió una cuerda de saltar a la comba para estrangular a sus víctimas.

—Bien, yo también me voy —dijo Gastón—. Tú te quedas, ¿verdad, René?

El manager miró a la periodista del «*France Sport*».

Claudine sin dudarle, respondió:

—Sí, René se queda.

—Lo suponía —sonrió el boxeador—. René tiene mucha suerte con las mujeres —añadió, y se dirigió a la puerta, circunstancialmente reparada por los detectives Coster y Falcon.

El lunes por la mañana ya la arreglaría debidamente un cerrajero.

En cuanto Gastón se marchó, Claudine se abrazó a René y descansó la cabeza en su hombro.

—Gracias por quedarte, René. No podría dormir sola esta noche.

—No te preocupes, me tendrás a tu lado. Esta noche, y todas las demás. Si tú quieres, claro.

La periodista levantó la cabeza y le miró a los ojos.

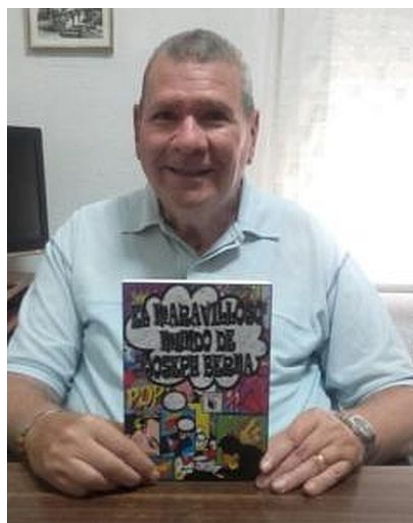
—¿Quieres ser mi amante, René?

—Me gustaría más ser tu marido, pero eso tendrás que decidirlo tú.

—Te quiero, René, y prefiero ser tu esposa que tu amante.

—Claudine, amor mío... —musitó el manager, emocionado y feliz, y besó con unas ganas locas a la periodista.

FIN



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio «La Ferroviaria», del que guarda un grato recuerdo de su profesora «Doña Consuelo» que le apodó con el nombre de «Tragalibretas» debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto «José de Rivera» donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como «Seis cadáveres en potencia», «El reino de los seres de hielo», «La mansión de los mil y un horrores», «El coleccionista de seres», «El

terror cayó del cielo» o «El planeta robotizado».